

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.

LORD WELLINGTON EN FUENTEGUINALDO.— SEXTO EJÉRCITO ESPAÑOL. ABADÍA SUCEDE Á SANTOCILDES.— POSICION DE AQUEL EJÉRCITO.— LE ATACAN LOS FRANCESES.— SE RETIRA.— COMBATES EN RETIRADA.— SE REPLIEGAN LOS FRANCESES.— POSICION DE WELLINGTON EN FUENTEGUINALDO.— SE COMBINAN PARA SOCORRER Á CIUDAD-RODRIGO DORSENNE Y MARMONT.— LA SOCORREN Y ATACAN Á WELLINGTON.— COMBATE DEL 25 DE SETIEMBRE.— COMBATES DEL 27.— NUEVAS ESTANCIAS DE WELLINGTON.— SE RETIRAN LOS FRANCESES.— WELLINGTON EN LA FREJENEDA.— SE PREPARA Á SITIAR Á CIUDAD-RODRIGO.— COGE D. JULIAN SANCHEZ AL GOBERNADOR FRANCÉS DE AQUELLA PLAZA.— CARTA DE D. CÁRLOS DE ESPAÑA AL DE SALAMANCA.— QUINTO EJÉRCITO ESPAÑOL.— SEVERIDAD DE CASTAÑOS.— PEDREZUELA Y SU MUJER.— EL CORREGIDOR CIRIA. TEMPRANO EL PARTIDARIO.— COMBINANSE PARA UNA EMPRESA EN EXTREMADURA INGLESES Y ESPAÑOLES.— ACCION GLORIOSA DE ARROYOMOLINOS.— OTRA VEZ EL SEXTO EJÉRCITO.— MEDIDAS DESACORDADAS DE ABADÍA.— INVADEN DE NUEVO LOS FRANCESES Á ASTÚRIAS.— SÉPTIMO EJÉRCITO.— LE MANDA MENDIZÁBAL.— PORLIER.— ENTRA EN SANTANDER.— DON JUAN LOPEZ CAMPILLO.— LONGA, EL PASTOR Y MERINO.— MINA.— DECRETO SUYO DE REPRESALIAS.— SUCESOS MILITARES EN VALENCIA.— PASA SUCHET EL GUADALAVIAR EL 26 DE DICIEMBRE.— MAHY CON PARTE DE LAS TROPAS SE RETIRA AL JÚCAR.— BLAKE CON LAS OTRAS Á VALENCIA.— ACORDONAN LOS FRANCESES LA CIUDAD.— REFLEXIONES. VANA TENTATIVA DE BLAKE EL 28 PARA SALVAR SU EJÉRCITO.— BRIOSA CONDUCTA DEL CORONEL MICHELENA.— DESASOSIEGO EN VALENCIA, Y REFLEXIONES.— CONVOCACION DE UNA JUNTA.— REUNIONES TUMULTUARIAS.— LAS CONTIENE BLAKE Y DISUELVE LA JUNTA.— ADELANTA SUCHET LOS TRABAJOS DE SITIO.— SE RETIRA BLAKE AL RECINTO INTERIOR DE LA CIUDAD.— EMPIEZA EL 5 DE ENERO EL BOMBARDEO.— POCAS PRECAUCIONES TOMADAS.— DESTROZOS.— TIBIEZA DE BLAKE PARA ANIMAR Á LOS HABITANTES.— DESECHA BLAKE LA PROPUESTA DE RENDIRSE.— DIVISION EN EL MODO DE SENTIR DE LOS HABITANTES.— ESTADO CRÍTICO DE LA PLAZA.— DISIENTEN LOS JEFES ACERCA DE TRATAR CON LOS ENEMIGOS.— CAPITULA BLAKE EL 9.— ENTRA SUCHET EN VALENCIA.— BLAKE.— PARTE QUE DA.— RECOMPENSAS DE NAPOLEÓN Á SUCHET Y Á SU EJÉRCITO.— PROVIDENCIAS SEVERAS DE SUCHET.— FRAILES LLEVADOS Á FRANCIA Y ARCABUCEADOS.— CONDUCTA DEL CLERO Y DEL ARZOBISPO.— DE LOS VALENCIANOS.— AVANZA MONT-BRUN Á ALICANTE.— POSICION DEL GENERAL MAHY.—

SE ALEJA MONT-BRUN.— SUCHET.— TOMA Á DENIA.— SITUACION DEL SEGUNDO Y TERCER EJÉRCITO.— EL GENERAL SOULT EN MURCIA.— LE ATACA D. MARTIN DE LA CARRERA.— MUERTE GLORIOSA DE ÉSTE.— HONORES QUE SE LE TRIBUTAN.— SITIO DE PEÑISCOLA.— LA TOMAN LOS FRANCESES.— CONDUCTA INFAME DEL GOBERNADOR GARCÍA NAVARRO.— SERRANÍA DE RONDA Y TARIFA.— MOVIMIENTOS DE BALLESTEROS.— SITIAN LOS FRANCESES Á TARIFA.— GLORIOSA DEFENSA.— LEVANTAN LOS FRANCESES EL SITIO.— CIUDAD-RODRIGO.— CERCA LORD WELLINGTON LA PLAZA.— LA ASALTAN LOS ALIADOS Y LA TOMAN.— GRACIAS Y RECOMPENSAS.— NUEVAS ESPERANZAS.

Miéntas iba sobre Valencia denso nublado, sin que bastáran á disiparle ni los esfuerzos de aquella provincia, ni de las inmediatas, será bien que veamos lo que ocurría por el occidente de España y lugares á él contiguos.

Cruzado que hubo lord Wellington el río Tajo, siguiendo en Julio el movimiento retrógrado del mariscal Marmont, caminó al Norte, y sentó sus reales el 10 de Agosto en Fuenteguinaldo, con visos de amagar á Ciudad-Rodrigo.

Permaneció, no obstante, inmóvil hasta promediar Setiembre, de lo que se aprovechó el francés, ansioso de extender el campo de su dominación, para atacar al sexto ejército español; lisonjeándose de deshacerle, y verificar quizá en seguida una incursión rápida en el reino de Galicia.

Tocaba ejecutar el plan al general Dorsenne, que mandaba en jefe las tropas y distritos llamados del Norte; y favorecíanle, en su entender, no sólo la inacción de lord Wellington, sino también mudanzas sobrevenidas en el gobierno de las fuerzas españolas.

Vimos cuán atinadamente capitaneaba el sexto ejército D. José Santocildes, y cuánto le adestraba de acuerdo con el jefe de estado mayor D. Juan Moscoso. En virtud de tan loable porte parecía que hubiera debido continuar en el mando. No lo permitió la suerte aviesa. Reemplázole en breve D. Francisco Javier Abadía. Se atribuyó la remoción al general Castaños, que conservaba, si bien de lejos, la supremacía del sexto ejército, y susurróse que le impelieron á ello inspiraciones de ajenos celos, ú otros motivos no ménos reprobables. Abadía se presentó á sus tropas á mediados de Agosto.

Situábase en aquel tiempo el mencionado ejército del modo siguiente: la vanguardia, bajo don Federico Castañon, en San Martín de las To-

res y puente de Cebrones; la tercera division, del cargo del brigadier Cabrera, en la Bañeza; la segunda, ahora á las órdenes del Conde de Belveder, en el puente de Orbigo; se alojaba en Astorga una reserva, y permanecia en Astúrias, como ántes, la primera division. Indicamos en otro lugar el total de la fuerza, que más bien que disminuido, se habia desde entónces aumentado.

No cesó ésta de hostilizar al enemigo, á pesar de lo ocurrido en primeros de Julio, que ya referimos, siendo de notar la sorpresa que el 16 de Agosto hicieron algunos destacamentos de la guarnicion francesa del pueblo de Almendra, en donde cogieron más de 130 prisioneros.

Fué el 25 del citado mes cuando Dorsenne intentó acometer á los nuestros, que se dispusieron á retirarse, viniendo sobre ellos superiores fuerzas. Abadía, como recién llegado y sin conocimiento á fondo de la disciplina de sus soldados, recelábase del éxito; por lo que con moderacion laudable dejó á Santocildes y á D. Juan Moscoso la principal direccion de las operaciones.

Tuvieron éstas por mira efectuar una retirada en parte excéntrica, por cuyo medio se consiguiere no agolpar las tropas á un solo punto, cubrir las diversas entradas de Galicia, algunas de Astúrias, y establecer comunicaciones á la derecha con los portugueses que mandaba en Trasllos-Montes el general Silveira. Maniobra útil en aquella ocasion, y muchas veces conveniente en las guerras nacionales, segun expresa, y con razon, M. de Jominy (1).

Los franceses, avanzando, acometieron primero la division que se alojaba en la Bañeza; la cual despues de sostener briosamente una arremetida de los lanceros enemigos, se replegó en buen orden sobre Castrocontrigo; y de allí, segun se le tenía mandado, á la Puebla de Sanabria. En seguida, y por la tarde de dicho dia 25, atacaron los franceses la vanguardia y la segunda division, las cuales se enderezaron al punto de Castrillo, para unirse con la reserva.

Juntos los tres últimos cuerpos, ó sean divisiones, tomaron el 26 la ruta del puerto de Fucebadon, excepto el regimiento primero de Ribero, que reforzado despues con el segundo de Astúrias, defendió el 27 valerosamente el puerto de Manzanal.

En este día tambien penetró el frances por Fucebadon, defendiéndose largo tiempo Castañon y la reserva en las alturas colocadas entre

(1) *Tableau analytique des principales combinaisons de la guerre*, par le baron Jominy, chap. II, section 1 de la Stratégie.

Riego y Molinaseca. Aquí, no ménos que en Manzanal, fueron escarmentados los enemigos, pues tuvieron mucha pérdida, y contaron entre los muertos al general Corsin y al coronel Barthez, quedando á los nuestros por trofeo el águila del sexto regimiento de infantería.

Sin embargo, engrosados los contrarios, pasaron adelante y se derramaron por el Vierzo. Abadía, al propio tiempo que sentó su cuartel general en el Puente de Domingo Florez, cubriendo á Galicia por este lado, retiró de Villafranca la artillería, camino de Lugo, destacó hácia allí fuerzas que amparasen las alturas de Valcarce, y colocó en Toreno, para cerrar las avenidas inmediatas de Astúrias, los cuerpos que habían combatido en Manzanal.

De resultas de estas medidas, de la buena defensa que en los puertos habian hecho los españoles, y á causa de los temores que infundia Galicia por su anterior resistencia, detúvose Dorsenne y no avanzó más allá de Villafranca del Vierzo, desesperanzado de poder realizar en aquel reino pronta y venturosa irrupcion. Saquearon sí sus tropas los pueblos del tránsito, y al retirarse en los días 30 y 31 de Agosto se llevaron consigo variás personas en rehenes por el pago de contribuciones que habian impuesto. Abadía de nuevo ganó terreno, y hasta entónces portóse de modo que su nombramiento no produjo en el ejército trastorno ni particular novedad, habiendo obrado, segun apuntamos, en union con su antecesor. ¡Ojalá no hubiera nunca olvidado proceder tan cuerdo!

El avanzar de nuestras tropas y un amago de las de la Puebla de Sannabria, aceleraron la retirada de Dorsenne, que se limitó á conservar y fortalecer á Astorga. Aguijóle tambien para ello el mariscal Marmont, que necesitaba de ayuda en un movimiento que proyectaba sobre el Águeda y sus cercanías.

En aquellas partes, firme lord Wellington en Fuenteguinaldo, hacia resolucion de rendir por hambre á Ciudad-Rodrigo, escasa de vituallas. Con este objeto, y persuadido del triunfo, á no ser que acudiese al socorro gran golpe de gente, formó una línea que desde el Azava inferior se prolongaba por el Carpio, Espeja y el Bodon á Fuenteguinaldo. Asiento el último punto del cuartel general, reforzóle con obras de campaña, y situó en él la cuarta division: destacó á la derecha del Águeda la division ligera, y puso en las lomas de la izquierda del mismo rio la tercera con la caballería, apostando una vanguardia en Pastores, una legua de Ciudad-Rodrigo. El general Graham, que de la isla de Leon había pasado á este ejército, y sucedido á sir Brent Spencer en calidad de segundo de Wellington, regía las tropas de la izquierda, alojadas en la parte in-

ferior del Azava, ocupando la superior, en donde formaba el centro, sir Stapleton Cotton con todos los jinetes. De los españoles sólo había D. Julian Sanchez, y tambien D. Cárlos de España, enviado por Castaños para alistar reclutas en Castilla la Vieja y mandar aquellos distritos: ambos jefes recorrian el Águeda rio abajo. Destinóse la quinta division inglesa á observar el punto de Perales, permaneciendo á retaguardia de la derecha. Servia de reserva la séptima en Alamedilla. Lo restante de la fuerza anglo-portuguesa, se acordará el lector que la dejó lord Wellington á los órdenes del general Hill, en el Alentejo, para atender á la defensa de la izquierda del Tajo y á las ocurrencias de la Extremadura española.

El movimiento que intentaba Marmont sobre el Águeda, y para el que hubo de contar con el general Dorsenne, dirigiese á socorrer á Ciudad-Rodrigo, cuyos apuros crecian demasidamente. Abrió el mariscal frances su marcha desde Plasencia el 13 de Setiembre, tomando ántes varias precauciones, como construir un reducto en el puerto de Baños, asegurar los puentes y barcas de ciertos ríos, y poner al general Foy con la sexta division en vela del camino militar y pasos de la sierra.

Yendo á encontrarse Dorsenne y Marmont, cada uno por su lado, juntáronse el 22 cerca de Tamámes. Con el primero hallábase ya incorporada una division que mandaba el general Souham, la cual pertenecia á las fuerzas que habian entrado últimamente en España cuando las italianas de Severoli. Y sin riesgo de error puédesse computar que las tropas enemigas que marchaban ahora la vuelta de Ciudad-Rodrigo ascendían á 60.000 hombres, 6.000 de caballería con gran número de cañones.

Próximos los franceses, no hizo lord Wellington ademan alguno para impedir la introduccion de socorros en la plaza, y sólo aguardó al enemigo en la posicion que ocupaba. Vino aquél á atacarla el 25. Trabó el combate con catorce escuadrones el general Wathier por la parte inferior del Azava, que guarnecia Graham, y arrolló los puestos avanzados, los cuales, volviendo en sí y apoyados, recobraron el terreno perdido. No era esta tentativa más que un amago. Encaminábase la principal atención de los contrarios á embestir la tercera division inglesa, situada en las lomas que se divisan entre Fuenteguinaldo y Pastores. Puso Marmont para ello en movimiento de treinta á cuarenta escuadrones, guiados por el general Mout-Brun y mucha artillería, debiendo favorecer la maniobra catorce batallones. Lord Wellington dudó un instante si atacarian los enemigos aquella posicion por el camino real que va á Fuenteguinaldo ó por

los pueblos de Encina y el Bodon. Cerciorado de que sería por el camino real, dispuso reforzar en gran manera aquel punto. Los ingleses allí apostados, si bien al principio solos y en corto número, se defendieron denodadamente contra la caballería y artillería enemigas, y recobraron dos piezas abandonadas en una embestida.

No habian aún llegado los infantes franceses, mas advirtiendo Wellington que se aproximaban, y calculando que probablemente concurrirían al sitio de ataque ántes que los principales refuerzos británicos, llamados de partes más lejanas, resolvió abandonar las lomas asaltadas, y retirar á Fuenteguinaldo las tropas que las defendian. Verificaron éstas el repliegue formando cuadros y en admirable ordenanza, sin que la pudiesen romper los arrojados acometimientos de la caballería francesa. Quedó sólo como cortada la pequeña vanguardia que cubria el alto de Pastores y mandaba el teniente coronel Williams; pero este oficial, léjos de atribularse, mantúvose reposado, y con acertada inteligencia subió el Águeda la orilla derecha arriba hasta Robledo, en donde repasó el rio, logrando por la tarde unirse felizmente al grueso del ejército en Fuenteguinaldo.

Aquí, en el mismo dia, estableció su centro lord Wellington, alterando la anterior posicion con la derecha del lado del puerto de Perales, y la izquierda en Navavel. Apostó á D. Cárlos de España y la infantería española junto al Coa, enviando la caballería bajo D. Julian Sanchez á retaguardia del enemigo.

Reunieron el 26 los franceses toda su gente, y examinado que hubieron la estancia de Fuenteguinaldo, creyéronla tan fuerte, que desistieron de atacarla. No lo pensaba así Wellington, por lo cual retrocedió tres leguas, poniendo el 27 la derecha en Aldea-Vellia, la izquierda en Bismula y el centro en Alfayates, antiguo campo romano y hoy villa de Portugal, en sitio alto, cercada de viejos muros. En este dia dos divisiones de los franceses, siguiendo la huella de los aliados, trabaron vivos reencontros, y la cuarta de los ingleses perdió y recobró dos veces á Aldea da Ponte.

No satisfecho aún Wellington con su última posicion, y ateniéndose á un plan general de operaciones anteriormente trazado, retiróse una legua atras á estancias que se dilataban por la cuerda del arco que forma el Coa cerca de Sabugal, dejando á la derecha la sierra das Mesas, y á la izquierda el pueblo de Rendo, en cuyo sitio presentó batalla á los franceses, que esquivaron éstos, cumplido su deseo de socorrer á Ciudad-Rodrigo. En los combates del 25 y 27 perdieron los ingleses unos

260 hombres, no más los franceses. Vió en aquellos dias por primera vez el fuego, y se distinguió, el Príncipe de Orange, que allí asistia en calidad de ayudante de campo de lord Wellington, exponiendo su persona por la independencia de un país muy desamado dos siglos ántes de sus ilustres y belicosos abuelos los Guillemos y Mauricios. Así anda y voltea el mundo.

Separáronse á poco los dos generales franceses, no pudiendo mantenerse unidos por celos, falta de subsistencias y por amagos que tenian de otros lugares. Dorsenne se retiró hácia Salamanca y Valladolid; Marmont á tierra de Plasencia.

Tambien lord Wellington tomó nuevos acantonamientos, sentando en la Fregeneda su cuartel general. Vínole bien no le hubiesen los franceses atacado el 25 todo su ejército, ni, embestido el 26 la posicion de Fuenteguinaldo. Las muchas fuerzas que consigo traían hubiéranle podido causar gran menoscabo. Tan cierto es que en la guerra representa la fortuna papel muy principal.

Dió entónces lord Wellington comienzo á los preparativos que exigía la formalizacion del sitio de Ciudad-Rodrigo. Le dejó para su empresa, segun ya indicamos, sumo despacio lo que ocurría en las demas partes de España, y tampoco le perjudicaron las operaciones de los partidarios que andaban cerca, singularmente las de D. Julian Sanchez.

Entre otros hechos de éste, por entónces notables, cuéntase el acaecido el 15 de Octubre en las cercanías de Ciudad-Rodrigo. Sacaban los enemigos su ganado á pastar fuera, y deseoso Sanchez de cogerle, armó una celada con 360 infantes y 130 jinetes en ambas orillas del Águeda, corriente abajo. A la propia sazón que acechaban los nuestros y se preparaban á la sorpresa, salió de la plaza á hacer un reconocimiento con 12 de á caballo el gobernador frances Renaud, y emparejando parte de los emboscados con él y su escolta, apoderáronse de su persona por la izquierda del rio, al paso que por la derecha apresaron los otros unas 500 reses de ganado vacuno y cabrío. Desesperábase Renaud por su infortunio, y D. Julian, tratandó de consolarle, le dió una cena acompañada de música, y tan espléndida como permitian las circunstancias de su vário é inestable campo.

Tambien molestaba España á los enemigos, é irritado de que el general Mouton, comandante de unas tropas que entraron en Ledesma, hubiese arcabuceado á seis prisioneros nuestros veinticuatro horas despues de haberlos cogido, hizo otro tanto con igual número de franceses, escribiendo en 12 de Octubre al gobernador de Salamanca Thielbaud

una carta en que se leían las cláusulas siguientes (2): «Es preciso que V. E. entienda y haga entender á los demas generales franceses, que siempre que se cometa por su parte semejante violacion de los derechos de la guerra, ó que se atropelle algun pueblo ó particular, repetiré yo igual castigo inexorablemente en los oficiales y soldados franceses... y de este modo se obligará al fin á conocer que la guerra actual no es como la que suele hacerse entre soberanos absolutos, que sacrifican la sangre de sus desgraciados pueblos para satisfacer su ambicion ó por el miserable interes, sino que es guerra de un pueblo libre y virtuoso, que defiende sus propios derechos y la corona de un rey á quien libre y espontáneamente ha jurado y ofrecido obediencia, mediante una Constitucion sábia que asegure la libertad política y la felicidad de la nacion.» ¡Esto decia España en 1811!

A la derecha de lord Wellington, D. Francisco Javier Castaños con el quinto ejército, y auxiliado por las tropas del general Hill, dió no poco que hacer á los franceses.

Aunque se extendia el mando de aquel jefe al sexto ejército, y despues comprendió también el del séptimo, su autoridad inmediata aparecía por lo comun sólo en Extremadura y puntos vecinos. Mostróse Castaños allí riguroso con desertores, infidentes y otros reos, lo que desdecia de su carácter al parecer blando. Bien es verdad que hubo ocasion en que ejerció la justicia contra delincuentes cuya conducta estremece aún y pone espanto. Fué horrible el caso de José Pedrezuela y de su mujer María Josefa del Valle. Barba el primero algun tiempo del coliseo del Príncipe de Madrid, fingióse comisionado regio del gobierno legítimo, y desempeñó el supuesto cargo en Piedraláves y Ladrada, pueblos de tierra de Toledo. Los habitantes y guerrillas de la comarca le obedecian ciegamente en la creencia de ser enviado por el gobierno de Cádiz. La ocupacion enemiga daba favor al engaño. El Pedrezuela y su esposa fueron convictos de haber condenado á suplicios bárbaros sin facultad ni debido juicio á más de 13 personas. Ejecutaba aquél las sentencias por sí mismo, ó las hacia ejecutar á media noche en un monte ó heredad, cosiendo á sus víctimas á puñaladas, ó matándolas de un fusilazo en él oído. Iba á veces la muerte acompañada de otros horrores, y si bien se probaron sólo trece asesinatos, se imputaban á los reos fundadamente más de sesenta. La mujer, hembra de ferocidad exquisita, condenaba en ausencia del mari-

(2) *Gaceta de la regencia*, del martes 12 de Noviembre de 1811.

do y superaba á éste en saña y encarnizamiento. Querian cohonestar sus crueldades con el patriotismo, y sacrificaron á varios sujetos respetables, entre otros á D. Marcelino Quevedo, asesor de las guerrillas de la provincia de Toledo. Alucinados así los pueblos y contenidos por el respeto que tributaban al gobierno legítimo, se sometieron al pseudo-comisionado por espacio de tres meses. Descubierta á lo último la falsía y enredo, dióse orden de prender á matrimonio tan sanguinario y bien apareado, y mandó Castaños formarles causa. Vista ésta, condenaron los jueces al marido á la pena de horca, y á ser en seguida descuartizado; á la mujer á la de garrote. Ajusticiáronlos el 9 de Octubre en Valencia de Alcántara. Digno castigo, aunque tardío, de tamaños crímenes.

Si no de color más subido, eran tambien sobrado feos los que se achacaban á D. Benito María de Ciria, capitán retirado y actual corregidor del rey José, en Almagro. Llamábanle el Neron de la Mancha. Obtuvo tal nombre por las extorsiones que causó, por los varios inocentes que llevó al cadalso. Le prendió el 29 de Setiembre, cerca de aquella ciudad, el capitán D. Eugenio Sanchez, al tiempo que su jefe, el sargento mayor D. Juan Vaca, de la partida, ó sean húsares francos de D. Francisco Abad (Chaleco), atacaba la guarnicion enemiga, la deshacia y tomaba bastantes prisioneros. Un consejo de guerra reunido por Castaños condenó á Ciria á la pena de garrote, ejecutada el 25 de Octubre en el mismo Valencia de Alcántara. Pero apartemos los ojos de escenas tan melancólicas, deplorables efectos de disensiones civiles.

Otros hechos verdaderamente nobles y sin rastro de duelo realizábanse entre tanto por aquellos pasajes. No nos detendrán los muchos y diversos de las guerrillas, aunque sí merece honrosa mencion el partidario D. Antonio Temprano, que el 8 del citado Octubre, á las puertas mismas de Talavera, libertó al coronel inglés J. Grant, cogido ántes prisionero en el Aceuche.

Combate de mayores resultas y muy glorioso pasará á delinear nuestra pluma. Habian los enemigos tratado de estrechar el corto ámbito que ocupába el quinto ejército en Extremadura, con la mira de privarle de los limitados recursos que sacaba de allí, y aumentar los suyos propios, tambien harto circunscriptos. Con tan doble objeto, colocóse en Cáceres, y se extendió hasta las Brozas el general Girard, asistido de una columna de 4.000 infantes y 1.000 caballos, perteneciente al quinto cuerpo frances, que seguía bajo el general Drouet, enseñoreando las márgenes de Guadiana. Esta operacion habíanla los franceses diferido, recelosos de empeñar choque, no sólo con los españoles, sino igualmente con los an-

glo-portugueses de Hill. Mas la inmovilidad de los últimos, metidos allá en el Alentejo sin ayudar á los nuestros, dió aliento á los enemigos para extenderse por los puntos arriba indicados. Hambreando de ese modo á los españoles, y no pudiendo la junta de la provincia, establecida en Valencia de Alcántara, ni siquiera suministrar las más indispensables raciones, acudió D. Francisco Javier Castaños á lord Wellington, y le propuso un movimiento en union con las tropas aliadas.

Accedió el general inglés á los deseos del español, y en consecuencia marchó Hill la vuelta de nuestra Extremadura. Tomó éste consigo la mayor parte de su fuerza, que, segun dijimos, ascendia á 14.000 hombres, y el 23 de Octubre asomó ya por Alburquerque. Se le juntó el 24 en Aliseda D. Pedro Agustín Jiron, segundo de Castaños, y comandante de la columna destinada á obrar con los ingleses, la cual se componía de 5.000 hombres, distribuidos en dos trozos, á las órdenes inmediatas del Conde de Penne Villemur y de D. Pablo Morillo.

Continuando en Cáceres la fuerza principal de Girard, tenía destacamentos en algunos pueblos, y señaladamente 300 caballos en Arroyo del Puercos, los cuales se recogieron el 25 á Malpartida por avanzar Penne Villemur con la caballería española. Quisieron los aliados atacarlos en aquel pueblo, mas los enemigos se replegaron á Cáceres, cuya ciudad tambien abandonó el general frances, dirigiéndose á Torremocha.

Prosiguieron los nuestros su camino, y el 27 se reunieron todos en Alcuéscar, en donde supieron con admiracion que Girard se mantenía en Arroyo-molinos, distante una legua corta. Pendía la confianza de los franceses de la persuasion en que siempre estaban de que el inglés no se metería muy adentro en España, y tambien de la fidelidad con que los habitantes guardaron el secreto de nuestra marcha.

Hill, que mandaba en jefe á los hispano-anglo-portugueses, determinó entónces acometer, y á las dos de la madrugada del 28 puso en movimiento todas las tropas. Diluviaba, soplando recio viento; mas el temporal, por dar á los nuestros de espalda, fué más bien favorable que contrario. Avanzando así en buen orden y calladamente, formáronse las columnas, siendo todavía de noche, en una hondonada no léjos de Arroyomolinos.

Pertenece esta villa, distante de Cáceres seis leguas, al partido de Mérida, y se apellida de Montánches por hallarse situada á la falda de la sierra de aquel nombre. Está como aislada y sin otras comunicaciones que pocas y penosas subidas con malas veredas. Puestos los aliados en orden de ataque en el sitio indicado, moviéronse á las siete de la maña-

na para sorprender al enemigo. Una columna anglo-portuguesa con artillería, mandada por el teniente coronel Stuart, marchó en derechura al pueblo; otra compuesta de la infantería española, bajo Murillo, se encaminó á flanquear las casas por la izquierda, y una tercera, tambien de peones, anglo-portuguesa, del cargo de Howard, tomó por la derecha, y se adelantó á cortar los caminos de Mérida y Medellin, para de allí revolver sobre el frances y atacarle. Por el diestro costado de esta última columna iban los jinetes españoles, y por el opuesto los británicos, algo retrasados los postreros á causa de un extravío que padecieron en la noche.

Ignoraba del todo Girard el movimiento y proximidad de los aliados, manteniéndose hasta lo último los habitantes inmutables en su fidelidad. Así fué que llegaron aquéllos sin ser sentidos, y en sazón que Girard emprendía su ruta á Mérida. Una brigada, al mando de Remond, le habia precedido, saliendo de Arroyomolinos ántes de apuntar el alba; mas la retaguardia con alguna caballería y los bagajes áun se conservaban dentro del pueblo. Cubria espesa niebla la cima de la sierra, y marchaba Girard descuidadamente, cuando le avisaron se acercaban tropas. No pensaba fuesen regladas, y ménos inglesas. Figurósele que eran partidarios, por lo que mandó apresurar el paso, y no detenerse á repelear las acometidas.

Pero desengañado, grande fué su sorpresa y la de sus soldados. Resintiéronse de ella al tiempo de pelear, pues columbrarlos los nuestros, atacarlos y romperlos, casi fué todo uno. Parte de la columna anglo-portuguesa, que se habia dirigido al pueblo, entró en su casco; el resto persiguió á Girard ya en marcha, quien en vano formó dos cuadros, encerrados éstos entre los fuegos de los que venian de Arroyomolinos y los de la columna de Howard, que se habían ántes adelantado á cortar los caminos. La caballería española dió tambien sobre el general frances, y la llegada de la inglesa, á las órdenes de sir W. Erskine, acabó de trastornarle. Entónces aquél se salvó con pocos, trepando por peñas y riscos, y se acogió á la sierra. Continuó el alcance Morillo por el puerto de las Quebradas hasta la altura que da vista á Santa Ana. El cansancio de la gente no consintió ir más allá. Tenia ya la pelea ventajósísimo y honroso resultado. Perdieron los enemigos 400 muertos y heridos, entre ellos al general Dombrowski; quedaron prisioneros el general Brun, el Duque de Aremberg, el jefe de estado mayor Idri, gran número de oficiales y 1.400 soldados, cabos y sargentos. Se cogieron dos cañones y un obus, el tren, dos banderas, una por los españoles, otra por los anglo-portugueses; mu-

chos fusiles, sables, mochilas, caballos, el bagaje entero. Desapareció, en fin, aquella division, excepto contados hombres que acompañaron á Girard, y la brigada de Remond que, como habia salido con anticipacion de Arroyomolinos, ni tomó parte en el combate, ni tuvo de él noticia hasta llegar á Mérida. Acrecióse la satisfaccion de los aliados en vista de la poca gente que perdieron: 71 hombres los anglo-portugueses, unos 30 los españoles. Obraron todos los jefes muy unidos, y con destreza y tino: cierto que los nuestros, Jiron, Morillo y Penne, señalábanse, el primero en el dirigir, los otros en el ejecutar. Gran terror se apoderó de los franceses. Badajoz permaneció cerrado dos días y dos noches, muy vigilados los vados del Guadiana, y recogidos los destacamentos sueltos en los parajes más fuertes. Penne Villemur llegó á Mérida, tras de él Hill, en donde ambos se mantuvieron hasta que volviendo en sí Drouet y avanzando, se retiraron los españoles á Cáceres, y los anglo-portugueses á sus antiguos acantonamientos.

Mas si por la derecha de lord Wellington habia cabido tal fortuna y gloria, no acacó lo mismo por la izquierda en Galicia y Asturias, yendo las cosas allí muy de caída. Don Francisco Javier Abadía, prudente en un principio y cuerdo, cambió despues de conducta. Trató de dar nueva organizacion á su ejército sin motivo fundado, y alterando la actual, mudó jefes, oficiales, sargentos, cabos, soldados; trasladólos de unos cuerpos á otros, confundiólo todo; y á punto que resultó, hasta en los uniformes, mezcla rara de colores y variedades, y eso en presencia del enemigo. Liviano parte, ajeno de la reputacion militar de que gozaba aquel jefe, haciéndose así más dolorosa la remocion súbita y poco meditada de Santocildes. Representó contra la organizacion nueva el jefe de estado mayor Moscoso, mas inútilmente. Sostuvo el capricho y la tenacidad lo que al parecer habia dictado la irreflexion. Notóse tambien que Abadía, en vez de presenciar el planteamiento de su obra, ausentóse á tomar baños, pasando despues á la Coruña. En su lugar envió al Marqués de Portago, hombre de sana intencion, pero de limitada capacidad, originándose de tan indiscretas, mal dispuestas reformas y providencias, que no saliese del Vierzo el ejército asomase á sus antiguas estancias para inquietar al enemigo y distraerle de otras excursiones.

Viendo los franceses la mucha inaccion, y persuadidos de que á lo ménos durante el invierno no se moverian de Portugal los ingleses, pensaron en invadir de nuevo á Asturias, ya para tener más medios con que sustentar su ejército, ya porque agradaba al general Bonnet tornar adonde él campeaba con mayor independencia que bajo Drouet en Casti-

lla. Alentaba tambien á ello el haber Abadía sacado de Astúrias tropas aguerridas, y enviado otras ménos disciplinadas.

Que iba Bonnet á entrar en aquel principado sonrugíase por todas partes, y el jefe de estado mayor Moscoso enderezóse á Oviedo á marchas forzadas, si no para evitar el golpe, al ménos para disponer con órden la retirada de nuestras tropas y disminuir el desastre.

En Astúrias mandaba como ántes D. Francisco Javier Losada: tenía á su cargo la primera division del sexto ejército, recompuesta ó troscada segun el nuevo arreglo de Abadía. No había por eso el D. Francisco dejado de tomar, durante su gobierno, medidas militares bastante oportunas. En la puente de los Fierros habia levantado algunas obras de campaña, y colocado allí y en los puntos más fuertes de la avenida de Pajares una de sus secciones al mando de D. Manuel Trevijano.

El general Bonnet no sólo pensó en acometer al principado por dicho puerto, sino tambien por el de Ventana, más al Occidente. Contaba para su expedicion con 12.000 hombres, que dividió en dos trozos. El principal mandábalo Bonnet mismo, y se encaminó á Pajares, el otro lo regía el coronel Gauthier.

Informado Losada del plan del enemigo, trató de burlarle poniendo en movimiento de antemano sus tropas sobre el Narcea; pues de este modo impedía le cortasen los franceses la retirada hácia Galicia. En consecuencia, el 5 de Noviembre, día en que se presentó Bonnet delante de la puente de los Fierros, no se hizo en ella, otra resistencia sino la suficiente para ocultar lo proyectado; cuyo éxito fué tan feliz, que el 7, reuniéndose todas las tropas en Grado, marcharon sin detenerse á tomar puesto en las alturas del Fresno y cubrir el paso del Narcea. La celeridad y buen órden con que se ejecutó la maniobra destruyó los intentos del enemigo, no siéndole dado á Gauthier ponerse á nuestra espalda: al bajar del puerto de Ventana tuvo que contentarse con perseguir á los españoles, y alcanzó en Doriga la retaguardia; de donde repelido, cejó en breve, pensando ya sólo en darse la mano con Bonnet, que habia entrado en Oviedo. Acompañaban á Losada don Pedro de la Bárcena, restablecido de anteriores y honoríficas heridas, y D. Juan Moscoso: la presencia de ambos en la retirada favoreció la diligente actividad del primero. Artillería, municiones, efectos pertenecientes al ejército y real hacienda, todo se salvó, embarcándolo en Gijon ó transportándolo por tierra. Los vecinos de la capital del principado, como los moradores de todos los pueblos, abandonaron, por lo general, sus casas: daban el ejemplo los pudientes, siendo aquella provincia una de las más constantes en su ad-

hesion á la causa de la patria, y de las que más prodigaron la sangre de sus hijos y sus caudales.

Dolióle amargamente á Bonnet entrar en Oviedo y ver la ciudad tan solitaria, porque si bien los asturianos le hablan acostumbrado á ello, esperaba que los trabajos y el tiempo comenzarían ya á domeñar ánimos tan inflexibles. Pesóle no ménos encontrar vacías las fábricas de armas y los almacenes; lo cual le embarazaba para suplir los menesteres de su tropa, y emprender otras operaciones.

Sin embargo, trató de probar fortuna y obligó á Gauthier á revolver inmediatamente sobre los españoles. Losada juzgó entónces prudente retirarse áun más allá del Narcea, y el frances llegó á Tineo el 12 de Noviembre. Mantúvose allí muy poco, porque combinando nuestros jefes un movimiento, atacóle Barcena con una seccion y le forzó á retroceder. Tambien Abadía quiso amagar por Astorga y el Orbigo para divertir la atencion de los franceses de Astúrias; pero la idea no tuvo resulta, dejándose para más adelante. A pesar de eso, Bonnet apenas poseyó esta vez en el principado otro terreno que la línea de Pajares á Oviedo, pues por el Ocaso fueronle estrechando sucesivamente Losada y Bárcena, y por el Oriente D. Juan Diaz Porlier.

Este caudillo y todos los que mandaban las divisiones y cuerpos francos de que constaba el séptimo ejército, hicieron por el mismo tiempo guerra continúa al enemigo desde Astúrias hasta la Navarra inclusive. La composicion de las tropas de aquel distrito no era uniforme, ni para obrar á la vez en línea: no lo permitian las circunstancias del país en que se lidiaba, como tampoco lo vário del origen de la gente y de la independencia, tan necesaria entónces, de sus distintos comandantes. Don Gabriel de Mendizábal, general en jefe elegido meses atras, apareció allí en el verano. No se puso al frente de ninguna division ni cuerpo especial. Recorriólos todos, empezando por el de Porlier, alojado comunmente en Pótes, montañas de Santander, y acabando por el de Merino, en Búrgos, y el de Mina, en Navarra. La presencia del D. Gabriel alentaba á los pueblos, en particular á los de Vizcaya, de donde era natural. Algunas operaciones se ejecutaban con su anuencia, otras sin ella y sólo por direccion de los mismos jefes. Húbolas señaladas.

Desde Junio habia organizado mejor y aumentado Porlier su fuerza, que pasaba de 4.000 hombres. Habia tambien acopiado en la Liébana 8.000 fanegas de trigo y muchos otros bastimentos, para lo cual, teniendo que recorrer la tierra é internarse en Castilla, hubo de marchar dia y noche, burlar con ardidés al enemigo, y combatir bizarramente en peli-

grosos reencuentros. Hechas estas correrías preliminares y necesarias, revolvió en Agosto sobre Santander, y atacó el 14 la ciudad y los fuertes de Solia, Camargo, Puente de Arce y Torre la Vega; porque aquí, á semejanza de las demas partes, habian los franceses fortalecido casi en cada pueblo algun grande edificio, ó mejorado fuertes antiguos. Mandaba en Santander Rouget; y rompiendo Porlier el fuego por el sitio de los Molinos de Viento, colocóse el general frances á la cabeza de la guarnicion, compuesta de 500 hombres, la cual, acorralada en las calles y las casas, quiso en vano sostenerse; y destrozada, con trabajo se salvaron de ella 100 hombres y el jefe. Al mismo tiempo ó sucesivamente atacaron los de Porlier los demos puntos arriba indicados, y se apoderaron de Solia, Puente de Arce y Camargo, cuyos fuertes arrasaron. Mantuvieron los contrarios el de Torre la Vega. La pérdida de éstos en las diferentes acometidas pasó de 400 hombres, sin incluir muchos prisioneros, algunos de ellos oficiales de graduacion. Recogieron asimismo los nuestros abundante botin, y estuvieron por cierto tiempo enseñoreados de casi toda la provincia de Santander. Tuvo Rouget que aguardar refuerzos ántes de poder tornar á la ciudad, que evacuaron luégo los españoles sin detenerse, inferiores en número, á hacer resistencia.

Ademas dispuso Porlier que D. Juan Lopez Campillo, que maniobra desde la carretera del Escudo hasta las provincias Vascongadas, fuese engrosado con cuadros instruidos por Renovales, y que ascendian á 800 hombres. Así se distrajo al enemigo, y Campillo consiguió el 26 de Setiembre ventajas cerca de Valmaseda. Lo mismo D. Francisco de Longa, en diversos ataques, especialmente el 2 del mismo mes en la Peña Nueva de Orduña; dando uno y otro, con el Pastor y más jefes, mucho en que entender al general Caffarelli, que allí mandaba. Longa fué quien por lo comun acompañó á Mendizábal en sus viajes, y en Diciembre se avistaron ambos con Merino en tierra de Búrgos. Unidos los tres, redoblóse el celo de los pueblos, y se llamó grandemente hácia Castilla la atencion de los franceses diversion que servia al inglés en Portugal, y á los caudillos españoles que gobernaban en los puntos inmediatos.

No necesitaba Mina de tales ejemplos para proseguir por el camino espinoso y de gloria que habia emprendido. Vímosle maniobrando en Aragon para ayudar á Valencia, y vímosle alcanzar victorias y embarcar sus prisioneros en el golfo de Vizcaya: ahora, al cerrar del año, hizo mansion en Navarra, más desembarazada de tropas enemigas á causa de las qu habian corrido en socorro de Aragon, Valencia y Castilla. Respiró por tanto Mina momentáneamente en cuanto á ser perseguido,

sin que por eso dejasen de afligirle otros cuidados. En Pamplona habia el frances acrecido sus rigores, y poblado las cárceles y conventos con los padres, parientes y familias de los voluntarios que servian bajo las banderas de la patria, ahorcando á unos y conduciendo á otros á Francia desapiadadamente. Mina, con razon airado, dió en 14 de Diciembre un decreto en que anunciaba represalias terribles. Decia e n el preámbulo (3): «Ni los sentimientos de humanidad, ni las leyes de la guerra admitidas entre los militares civilizados, ni la conducta generosa de los voluntarios de Navarra han contenido el espíritu sanguinario y desolador de los generales franceses y autoridades intrusas;..... no se da un paso sin oír tristes alaridos causados por la tiranía. Navarra es el país del llanto y amargura; se vierten lágrimas contínuas por la pérdida de sus mejores amigos: padres que ven á sus hijos colgados en una horca por su heroicidad en defender la patria; éstos á sus padres consumidos en la prision, y por último, espirar en un palo sin más delito que ser padres de tan valientes defensores. Continuamente he pasado á los generales franceses de Navarra los oficios más enérgicos, capaces de reprimirlos y hacerlos entrar en el órden: no he perdonado diligencia alguna para reducir la guerra á su debida comprension; estoy justificado de mis procedimientos... Para colmo... de la iniquidad francesa y perfidia de algunos malos españoles, he visto 12 paisanos afusilados en Estella, 16 en Pamplona, cuatro oficiales y 38 voluntarios pasados por las armas en dos dias.....» Despues, en el primer artículo, «declaraba guerra á muerte y sin cuartel á jefes y á soldados, incluso el Emperador de los franceses.» Eran los otros artículos del propio tenor. En uno de ellos tambien se consideraba á Pamplona en estado de verdadero sitio, y proclamábanse de consiguiente várias resoluciones. Injusto y áun sañudo pareceria este decreto á no haberle provocado sobradamente las crueldades inauditas del enemigo. La ejecucion correspondió á la amenaza, y más adelante tuvieron los franceses que entrar en razon.

Así corrian por acá las cosas: tristes eran las que se preparaban en Valencia. Dejamos aquí al principiár Noviembre ambos ejércitos, español y frances, fronteros uno de otro en las opuestas orillas del Guadalquivir ó Turia. Ocupaban los enemigos en la izquierda casi dos leguas de extension, y fortificaron su línea con obras defensivas. En la derecha habian los españoles aumentado las suyas despues de las anteriores tentativas de los franceses contra Valencia, de cuya ciudad dimos breve idea

(3) *Gaceta de la Regencia de las Españas, del martes 17 de Marzo de 1812.*

cuando hablamos del primer sitio de 1808. Habian ahora los nuestros cortado los puentes de la Trinidad y Serranos, dos de los cinco de piedra que cruzan el rio, de cauce éste no muy profundo, y sangrado ademas para el riego por muchas acequias. Conservaron los españoles por algunos dias en la izquierda del Guadalaviar unas cuantas casas, el colegio de San Pío V y el convento de la Trinidad: levantaron en los puentes no destruidos várias obras, y derribaron, para facilitar la defensa, el suntuoso palacio llamado del Real. En el recinto principal y antiguo se hicieron algunas mejoras; pero se atendió con particularidad á construir un terraplen de diez y seis piés de alto y otro tanto de espesor, con flancos y foso, que empezaba al Oeste junto al rio, enfrente del baluarte de Santa Catalina, y continuaba exteriormente por Cuarto, abrazando el arrabal de este nombre y los de San Vicente y Ruzafa hasta Monte Olivete, en donde se levantó un reducto. De aquí al mar se practicaron cortaduras y se fabricaron escolleras, fortaleciendo tambien el lazareto al embocadero del rio. Por el otro extremo, via de Manises, se establecieron parapetos y otras fortificaciones de campaña no cerradas. Sin embargo de tales obras, estaba Valencia léjos de haberse convertido en y una plaza respetable. Figuraban más bien aquéllas la imágen de un campo atrincherado, y ése fué el objeto que se llevó al realizarlas. Y con razon advirtieron los inteligentes que para ello se habian desaprovechado muchas de las ventajas que ofrecia el terreno, porque ni se dispuso inundar debidamente los campos con las aguas de riego, ni tampoco se robustecieron varios conventos y edificios por allí esparcidos, cuya solidez se acomodaba muy mucho al establecimiento de una cadena de puntos fortificados.

Considerada de este modo la defensa, hallábase la clave de ella á una legua de Valencia, en Manises, sitio en que yacen las compuertas de las acequias mayores. Tenía en dicho punto D. Nicolas Mahy su cuartel general, y en él y en San Onofre estaban las divisiones de Villacampa y Obispo, permaneciendo apostada á la izquierda, y algo detras, en Aldaya y Torrente, la caballería. Por la derecha en Cuarte se situaba la otra division del General, á las órdenes de D. Juan Creagh. En el pueblo de Mislata alojábase la de D. José Zayas, y próximo á Valencia la de Lardizábal. Se mantenía en el Monte Olivete la de Miranda, componiendo la totalidad de las tropas unos 22.000 hombres. Proseguian guardando los puntos hasta el mar guerrilleros y paisanos. Recorrian la costa barcos cañoneros españoles y buques de guerra aliados.

No se descuidó Suchet por su parte en afianzar más y más desde el

puerto del Grao hasta Paterna su línea, que podia llamarse justamente de contravalacion. Proponíase en ello no sólo enfrenar los ataques del ejército de Valencia y de cualesquiera partidas que se descolgasen de lo interior, sino tambien conservar con ménos gente su estancia para tener disponible mayor número de tropas, llegado el caso de obrar ofensivamente. Por lo mismo, y ansioso de despejar toda la orilla izquierda, pensó ántes de nada en arrojar á los españoles de las casas y edificios que allí ocupaban. Costóle bastante, habiéndose defendido los nuestros con grande empeño, sobretodo en el convento de Santa Clara, que no evacuaron hasta que el enemigo, abierta brecha con sus hornillos, se preparaba al asalto. En lo demas apenas se hizo durante mes y medio otra demostracion hostil por ambas partes que fuego de artillería gruesa.

Blake llamó aún hácia el reino de Valencia más fuerza del tercer ejército, de cuyas tropas quedaron con eso ya muy pocas en la frontera de Granada. Las que ahora se alejaron componíase de unos 4.000 hombres á las órdenes de D. Manuel Freire, quien se dirigió primero á Requena, punto amagado por D'Arinagnac, de vuelta en Cuenca. Antes habia destacado Blake hácia aquella parte á D. José Zayas con más de 4.000 hombres, por lo mucho que importaba cubrir flanco de tal entidad. Entró el último en la mencionada villa el 23 de Noviembre. A su vista se retiraron los enemigos, temerosos tambien de las tropas del tercer ejército, que habian ya llegado á Hiniesta. Adelantóse en seguida Freire á Requena, é hizo allí alto. Zayas entónces restituyóse á su antigua posicion de Mislata, y la ocupó otra vez el 2 de Diciembre.

Fuera de eso, no pensó Blake en incomodar al enemigo, ni en fomentar guerrillas por la espalda y flanco, siendo así que algunas se habian mostrado en Nules, Castellon de la Plana y Villareal. Desentendíase por lo general de cualquiera otro linaje de pelea que no fuese la reglada y puramente militar; de suerte que no hubo en Valencia en favor de la defensa aquel ardor que se notó en las ocasiones pasadas. Entibiábase por el despego del jefe hácia el paisanaje, y su sobrada y casi exclusiva confianza en las tropas de línea.

Se desvivía en tanto Suchet por la tardanza de los refuerzos que debian llegarle, sin los cuales juzgaba imprudente arremeter á los españoles en sus atrincheramientos, y difícil encerrarlos dentro de la ciudad. Cuantos más dias pasaban, más crecia el desasosiego del mariscal frances, por el tiempo que se daba á Blake para fortalecerse, y huelgo á los naturales para rebullir y empezar por sí solos una guerra popular y destructiva.

Pero en medio de tan justos recelos, imposible se le hacia á Suchet acelerar el momento de la acometida. Dirigiáse su plan á embestir nuestra izquierda y envolverla por flanco y espalda, amagando al propio tiempo nuestro centro y derecha. La ejecucion requeria prévio y detenido exámen, mayormente cuando no se trataba de presentar batalla en descampado, modo de combatir tan ventajoso para los franceses, sino de romper por medio de atrincheramientos, acequias y vallados, en donde pudiera su tropa recibir leccion rigurosa y de consecuencias muy fatales.

Han motejado algunos á Blake por haber permanecido quieto con el ejército en los alrededores de Valencia, en lugar de ir á buscar al enemigo ó de retirarse á otros puntos. Parécenos en esta parte la acusacion injusta. Lo que más importaba era conservar aquella ciudad, de muchos recursos, de nombradía y grande influjo. Aventurar una accion exponía los muros valencianos á inminente riesgo; alejarse, los descubria. Y en tanto que se consideró á nuestro ejército bastante numeroso y fuerte, ya que no para batallar, á lo ménos para defender las líneas, debieron sus soldados mantenerse en ellas, como poderoso y casi único medio de impedir la conquista. Varió el caso cuando aumentadas las tropas francesas pudieron rodear á las nuestras y bloquearlas.

Acabaron aquéllas de engrosarse despues de promediar Diciembre. Napoleon, que deseaba dar un golpe y ganar terreno en España para imponer respeto en el norte de Europa, ya conmovido, determinó que no sólo la division de Severoli, sino tambien la de Reille, acudiesen á Valencia y se pusiesen bajo el mando de Suchet, la última momentáneamente, debiendo en el intermedio ser reemplazada en Navarra y frontera de Aragon con tropas de la division de Caffarelli, si bien éste harto afanado en Vizcaya. Severoli y Reille trajeron consigo cerca de 14.000 hombres. Llegaron á Segorbe el 24 de Diciembre, y en la noche del 25 empezaron á incorporarse al ejército de Suchet, quien juntó entónces unos 34.000 combatientes; 2.644 de caballería: excelentes tropas, muy aguerridas.

No se limitó Napoleon al envío de las citadas divisiones; insistió tambien en que D'Armagnac, del ejército del centro, continuase en amagar por Cuenca, y mandó, ademas, que Marmont destacase del de Portugal una fuerte columna que, atravesando la Mancha, cayese á Murcia.

Tan reforzado ya el mariscal Suchet y sostenido, decidió poner en práctica su primer plan de atacar la posicion española por la izquierda. Verificólo, en efecto, el 26 de Diciembre, pasando por Ribaroja el Gua-

dalaviar. Había preferido este punto con la mira de cruzar el río agua arriba de Manises, de no enmarañarse por el laberinto de las acequias, y de evitar cualquiera inundacion, apoderándose de las compuertas.

Durante la noche los enemigos echaron tres puentes: protegieron á los trabajadores 200 húsares, que, llevando en las ancas á unos cuantos soldados de tropas ligeras, vadearon el rio y ahuyentaron los puestos españoles. Por la mañana el primero que atacó en lo más extremo de nuestra izquierda fué el general Harispe. Precedíale caballería, que tropezó con la de D. Martin de la Carrera hácia Aldaya, entre la acequia de Manises y el barranco de Torrente, en medio de garroferos y olivos. Nuestros jinetes rechazaron á los contrarios, y el soldado del regimiento de Fernando VII, Antonio Frondoso, hombre esforzado, hirió y dejó en el campo por muerto al general Boussard, en cuyo derredor perecieron, defendiéndole, un ayudante suyo y varios húsares. Mas rehechos los enemigos, arremetieron de nuevo con superiores fuerzas, y recobraron á Boussard. Vióse entónces obligado D. Martin de la Carrera á retirarse, tomando la direccion de Alcira. Casi al mismo tiempo embistió el general Musnier á Manises y San Onofre, de donde se alejó D. Nicolas Mahy, despues de corta defensa, en busca tambien del Júcar por Chirivella.

Advertido Blake del ataque, salió de Valencia, y á las diez de la mañana, estando á medio camino de Mislata, recibió noticia de Mahy, pintándole su apuro y pidiendo instrucciones. La línea en aquella sazón estaba ya por todas partes acometida ó amenazada. Zayas en Mislata andaba á las manos con la division de Palombini. Acudió por orden de Mahy á socorrerle desde Cuarte Creagh con alguna gente; mas Zayas no necesitando de aquel auxilio, mayormente por esperar de Valencia dos batallones, le despidió, y guardó sólo dos obuses, defendiendo con brío su posicion. Nuestro fuego aquí fué tan vivo y acertado, que desordenó la brigada enemiga de Saint Paul, y la arrojó contra el Guadalaviar. En vano Palombini quiso rehacerla, amenazando igual suerte á la otra suya de Balatier. Asegurada, pues, parecia de este lado la victoria, si no la inutilizáran el descuido y flojedad de que se adoleció en las otras partes.

Porque adelantando Harispe sobre Catarroja, y posesionado Musnier de Manises y San Onofre, vinieron algunos cuerpos enemigos sobre Cuarte, y venciendo los primeros atrincheramientos, obligaron á las tropas que guarnecian el pueblo á evacuarle. Volvia Creagh entónces de su excursion á Mislata, y á pesar de sus esfuerzos y de los de don José Perez al frente del batallon de la Corona, no se pudo contener el progreso de los franceses, teniendo al cabo los nuestros que retirarse. Se distin-

guieron aquí el cuerpo que acabamos de citar, el de tiradores de Cádiz, de Búrgos, Princesa y Alcázar de San Juan con sus respectivos jefes. Los enemigos cada vez más impetuosamente cargaban, pues llegando á la sazón el general Reille, marchó en la direccion de Chirivella, y favoreció las operaciones de Harispe y de Musnier. Inútilmente quisieron los españoles hacer rostro en dicho pueblo, y defender la posicion cubierta con unas flechas. Los enemigos los arrollaron, con eso salió de ahogo Palombini, viéndose Zayas obligado á desamparar su estancia.

Anhelaba Suchet envolver todo el ejército español, y acorralarle en Valencia, por lo que puso todosu conato en que la division de Harispe llegára pronto á Catarroja. Entónces, yendo ya los nuestros de retirada, corrió el mariscal frances á Chirivella con riesgo de ser cogido prisionero. Habíase allí apeado y subido al campanario. Sólo le acompañaban sus ayudantes con pequeña escolta. Y cuando atento atalayaba aquél una y otra orilla del Turia, acercóse al pueblo un batallon español, dando indicio de querer penetrar por las calles. Al instante los pocos franceses que habia se pusieron en ademan de defender á su jefe, y aparentando ser muchos, engañaron á los nuestros, que pronto se alejaron.

Por su parte D. Joaquín Blake anduvo lento y escaso en tomar medidas. Los batallones que de Valencia debian reforzar á Zayas llegaron tarde, y tampoco hubo providencia notable que enmendase en algo el precipitado repliegue de Mahy, ó que contribuyese á prolongar la resistencia en Chirivella.

Los generales españoles, al retirarse, tomaron cada uno el rumbo que les permitió su respectiva situacion. Dicha fué que Suchet no lograrse estrecharlos á todos en Valencia. Don Nicolas Mahy, con Creagh, Carrera, Villacampa y Obispo, se separaron del grueso del ejército, y se encaminaron á las riberas de Júcar. Blake con Zayas, Lardizábal y Miranda encerróse en los atrincheramientos exteriores de la ciudad, que se dilataban desde enfrente de Santa Catalina hasta Monte Olivete.

En este punto Habert, encargado de pasar por allí el rio cerca del desagadero, lo había conseguido dificultosamente, costándole afan y horas alejar por medio de sus baterías en el Grao los barcos cañoneros españoles y los buques de guerra aliados. Sólo á lás doce del día cruzó el Guadalaviar por un puente que echó casi á la boca. Apoderóse despues del Lazareto, y arrolló con facilidad el paisanaje. Miranda, situado en Monte Olivete, apénas tomó parte en la pelea. Pisado que hubo el general Habert la orilla derecha, anduvo solícito en extenderse y darse la mano con las otras tropas de su nacion que habían forzado la izquierda

de los españoles. Ponían en ello los franceses grande ahínco, queriendo que no se les escapase el general Blake, ya que Mahy lo había conseguido. Por la noche completaron el acordonamiento de Valencia, y cortaron la comunicacion con el camino real de Madrid y el que corre por el istmo entre la Albufera y el mar, desconocido antes al enemigo.

Pecieron en aquel dia de cada parte 500 á 600 hombres. Además cogieron los franceses algunos prisioneros y cañones. Recibieron los enemigos el principal daño en su acometida contra Zayas y Creagh, en donde perdieron 40 oficiales.

Esta jornada provocó severa crítica contra la conducta de D. Joaquin Blake: defendiéronle sus apasionados, imputando la culpa de la desgracia á don Nicolas Mahy. Ambos generales tuvieron en ella parte; pero mayor fué la del primero. Faltó el último en no haber sostenido con más empeño su posicion, y en haber algun tanto desguarnecido á Coarte, queriendo, sin necesidad, auxiliar á Zayas. Pecó, y mucho, D. Joaquin Blake en no poner mejores tropas en su izquierda, punto el más flaco, y sobre todo en no haber construido allí obras cerradas que no pudieran ser embestidas de reves por el enemigo, para lo cual tuvo sobrado tiempo en los dos meses que el ejército casi permaneció inactivo. Consistió este descuido en no pensar Blake sino en el frente, imaginándose que los franceses le atacarían sólo de aquel lado. Error grave, y apenas creíble, si no se mostrara á las claras por el género de obras que construyó, abiertas todas.

También vituperaron en Mahy sus censores que se hubiese retirado hácia el Júcar, y no recogídose en Valencia. Difícil era conseguir lo postrero, interpuesto el enemigo entre Mislata y Cuarte, y derramado hasta Catarroja. Mas aunque así no fuese, ¿qué suerte hubiera cabido á aquellas tropas, metidas una vez en la ciudad? La misma que cupo á las de Blake, en verdad harto lastimosa.

Este general, tan poco diligente y atinado el 26, mostróse después (menester se hace el confesarlo) aún más desatentado y flojo. Acordonada la ciudad, no le quedaba ya más arbitrio para salir con honra y airoso sino salvar á todo trance su ejército, ó convertir á Valencia en otra Zaragoza. Veamos si empleó convenientes medios para alcanzar uno ú otro de ambos extremos.

Hubiérale sido todavía el 26 muy asequible libertar á su ejército y sacarle de Valencia. Primero á la hora de mediodía, ántes que Habert comunicase con Harispe, dirigiéndose al istmo entre la Albufera y el mar; después por la noche, no preparado bastantemente el enemigo pa-

ra detener una súbita irrupcion y salida de nuestras tropas. Así opinaron los generales que juntó Blake, quien no obstante decidió lo contrario, fundado en que siendo preciso distribuir de antemano víveres, hacía-se imposible verificarlo en tan breve espacio. Dejóse pues la partida para el día siguiente. Renovó entónces Blake al anochecer el consejo de guerra, cuyos individuos insistieron en el dictámen dado la víspera, de poner al ejército cuanto ántes en salvo. Mas ocurrióle al General en jefe otra dificultad. La artillería de batalla permanecia en los atrinchamientos, y removerla á deshora, como era indispensable para ejecutar de noche la salida, parecíale imprudente, y motivo de espanto al pueblo. Así difirióse la operacion por segunda vez. En vista de lo cual, ¿á quién no admirará tal negligencia despues de dos meses que hubo para precaver todos los casos? ¿á quién no tanta lentitud é incertidumbre delante de un enemigo tan activo como el frances?

Por último, fijóse la noche del 28 al 29 para efectuar la salida. Encargóse antes á D. Cárlos O'Donnell el cuidado de la plaza, asistido de pocas tropas, con órden de capitular á su debido tiempo, consultando los intereses del vecindario. El resto del ejército, bajo D. Joaquin Blake, debia dirigirse por la puerta de San José y puente inmediato, y salvarse penetrando por las líneas enemigas vía de Burjasot, punto ménos guarnecido de franceses, y terreno ya á las cuatro leguas quebrado. Era el órden de la marcha el siguiente. A la cabeza la division de D. José de Lardizábal, formando en ella vanguardia con un corto trozo el coronel Michelena; luégo don Joaquin Blake, la gente de Zayas, bagajes y várias familias; detrás D. José Miranda y su tropa.

Abrió, pues, Michelena la marcha, y pasó entre Tendetes y Campanar; imitóle Lardizábal, no encontrando al principio ningun estorbo. El enemigo se mantenia tranquilo, si bien algo cuidadoso, por haber los nuestros explorado en la tarde aquel sitio. Yendo adelante, cruzaron ambos jefes una acequia que había primero, y llegaron á la de Mestalla, en donde les escasearon tablones que facilitasen el paso. Diligente Michelena, no por eso se arredró, y descubriendo un molino ó casa con comunicacion que daba á entrambas orillas, trató de atravesar por allí. Tenían los enemigos apostado cerca un piquete, y preguntando «¿quién vive?», respondieron los españoles en lengua francesa: «húsares del cuarto regimiento»; y prosiguió su camino con brío. Por desgracia sólo Michelena y su corta vanguardia tuvieron tan laudable y valerosa resolucion. Lardizábal titubeó, y parándose, detuvo el movimiento de lo restante del ejército. Hallábase todavía Blake en el puente inmediato á la puerta de San

José, y no tomó partido alguno, aunque vió el entorpecimiento que experimentaban sus columnas. Impaciente Zayas, propúsole continuar y dirigirse, tomando rio arriba, al pueblo de Campañar, distante ménos de media legua. Nada determinó el General en jefe.

Entre tanto, Michelena, caminando sin interrupcion, tropezó cerca de Beniferri con una patrulla enemiga, y para que ésta no diese aviso á los suyos, se la llevó consigo prisionera. Al atravesar los nuestros la mencionada poblacion, acaeció que algunos soldados de la artillería italiana que estaban en las calles, notando lo silencioso y apresurado del caminar de aquella tropa, tuvieron sospecha de que eran españoles, y encerrándose dentro de las casas, empezaron á hacer fuego desde las ventanas, poniendo así en arma el campo frances. No impidió eso á Michelena proseguir su ruta, con la dicha de llegar salvo por la mañana á Liria.

Mas Blake, fijo en el puente é irresoluto, sin escuchar en su atamiento consejo alguno, despues de permanecer inmoble por un rato, temiendo al fin un, ataque del enemigo por las demás partes, ordenó la retirada á la ciudad, y que cada uno volviese á ocupar su anterior y respectivo puesto: término infeliz del intentado movimiento. Erró Blake en haberle emprendido por solo un paraje, exponiendo así todo el ejército á una misma y precaria suerte. Merece tambien poca disculpa por no haberse provisto de las herramientas y útiles necesarios para el paso de las acequias, y no haber en el aprieto tomado una atrevida y pronta determinacion. Tampoco Lardizábal correspondió aquella noche á su fama de hombre intrépido y arrestado. Al reves el coronel Michelena, que se portó con inteligencia y esforzadamente.

Malograda la salida, redoblaron los franceses su cuidado, y crecieron más y más los obstáculos para los españoles. Con todo, pensaba Blake en repetir la tentativa dos ó tres dias después, como si fuera ya entónces fácil burlar la vigilancia de los enemigos y romper por medio de sus líneas. Detuviéronle, segun dijo, señales tumultuarias del pueblo de Valencia, que aquel general calificó de inconsideradas, y no así nosotros. Porque si bien somos opuestos á tal linaje de intervencion en los asuntos públicos, graduándole de medio sólo oportuno de favorecer las maquinaciones de los malévolos, nos parece que en el caso actual la paciencia de aquella ciudad habia excedido los limites del sufrimiento más resignado. Durante dos meses dejaron sus habitantes á D. Joaquin Blake en entera libertad de obrar. Facilitáronle cuanto deseaba, no le ofrecieron resistencia alguna, ni siquiera levantaron un quejido. Y ¿qué resul-

tó? Ya lo hemos visto. Y ¿será dado callar á los vecinos cuando se trata de la vida, de la hacienda, y de que no se despeñe en su perdicion la ciudad en que nacieron? No: mayor silencio tachárase de servidumbre humilde.

Pero lo que aún es más, el mismo D. Joaquin Blake fué quien dió impulso á los primeros murmullos del paisanaje. Empezaron éstos el 29. Antes el 28 había aquel general comunicado al Ayuntamiento y á la comision de partido su resolucion de salir por la noche con el ejército, y prevenídoles al mismo tiempo haber dispuesto que el gobernador D. Carlos O'Donnell convocase una junta extraordinaria, compuesta de las principales clases y autoridades, la cual atenderia en circunstancias tan críticas á todo cuanto juzgase útil respecto de los intereses del vecindario. Los preparativos para este llamamiento y las reuniones que provocó despertaron la atencion de los ciudadanos, y descubrieron el disgusto comun, que se aumentó con la tentativa de evasion del mismo día 28 y su mal éxito. Congregóse la nueva junta en la noche del 30 al 31, no advirtiéndose, sin embargo, hasta entónces otra cosa que fermentacion y suma desconfianza. Mas luégo de instalada aquella corporacion, se encrespó la furia popular, y menester fué nombrar comisionados que pasasen á examinar el estado de la línea. Entre ellos habia individuos de diversas clases y algunos frailes.

Prendiéronlos á todos al salir por la puerta de Coarte, y los enviaron á Blake, que se hallaba en el arrabal de Ruzafa. Era la una de la madrugada, y desazonóle mucho al General en jefe el aparecimiento de los tales comisionados, por lo que no sólo no consintió en que fuesen á visitar la línea, sino que guardando en rehenes á algunos de ellos, despachó á los otros con escolta á Zayas para que éste les hiciese desfogar los ímpetus del patriotismo en las baterías. Igualmente ordenó á la junta disolverse, no permitiendo hubiese más autoridad popular que la comision de partido, aumentada con cuatro ó cinco individuos para facilitar el despacho de los negocios. De este modo quebró su enojo Blake, deshaciendo lo mismo que ántes habia decidido, y mostrándose severo y resuelto en ocasiones en que quizá no era muy necesario.

Obedecieron todos las determinaciones del General, y se notó á las claras cuán dueño era de llevar á cabo cualquiera plan sin que pudiesen los vecinos ponerle impedimento alguno, manteniéndose siempre el ejército obediente y subordinado. No obstante, ya hemos visto cómo alegó Blake, para no intentar nueva salida, el desasosiego del pueblo, añadiendo despues que no queria con su ausencia dar ocasion á desórdenes

y contratiempos. Razon singular, si no le asistia otra, para comprometer la suerte de un ejército entero.

Aprovechaban semejantes disturbios y desaciertos al mariscal Suchet, quien estrechando el sitio, reforzó más la orilla izquierda del Guadalaviar, construyó reductos, fortificó conventos, y rodeó á Valencia de manera que se inutilizasen cuantas tentativas por escaparse hiciesen los nuestros. Comenzó tambien el ataque contra la ciudad, dirigiendo el principal por la derecha del rio y arrabal de San Vicente, y otro por Monte Olivete. En ambos frentes abrieron los ingenieros enemigos, en la noche del 1.º al 2 de Enero, las primeras paralelas á sesenta y ochenta toesas de distancia. Experimentaron alguna pérdida, contando entre los muertos al coronel Henri, oficial inteligente y bizarro. Sus artilleros plantaron en breve siete baterías y empezaron á batir nuestras obras.

Viendo entónces D. Joaquin Blake la dificultad de sostener la línea exterior desde Monte Olivete hasta Santa Catalina, metióso dentro de la ciudad con todo el ejército en la noche del 4 al 5: sólo dejó fuera las tropas que guarnecian el arrabal del Remedio y las cabezas de puente. Tambien conservó un camino cubierto tirado desde la puerta del Mar hasta el baluarte de Ruzafa. Retiró la artillería de batalla y la gruesa de bronce; mandó clavar la que habia de hierro.

No advirtieron los enemigos la retirada de Blake hasta por la mañana. Creyeron al principio que era un ardid, mas cerciorados luégo de que no, ocuparon el recinto abandonado, y empezaron el 5 el bombardeo entre una y dos de la tarde, desde tres reductos levantados á la izquierda del rio. Mil bombas y granadas cayeron en el espacio de veinticuatro horas. Considérese el estrago, mayor cuanto no se habia tomado medida alguna para disminuirle, ni blindajes, ni almacenes á prueba de bomba, la pólvora esparcida y al desabrigo; el ejército allí amontonado, y la poblacion aumentada con la mucha gente que de la huerta habia acudido; las calles ademas angostas, altas las casas y endebles, pocos los sótanos. No cesó despues el bombardeo: en los días 7 y 8 fueron los destrozos muy grandes. Depósito aquella ciudad de muchas preciosidades, y rica sobre todo en letras y bellas artes, pereció la biblioteca arzobispal y la de la universidad, y con ésta, manuscritos de gran estima recogidos por el docto D. Francisco Perez Bayer, su principal fundador. Así en un instante arrasa la guerra y convierte en polvo lo que ha producido en siglos el ingenio, el talento ó la asidua laboriosidad.

Consoláranse á lo ménos hasta cierto punto de tamaña ruina el político, el guerrero, y áun el literato, con tal que en cambio se hubiesen po-

dido sacar de la defensa ejemplos vivos que instruyesen á la mocedad y realzasen las glorias de la nacion. Mas Blake, si habia andado perdido en las operaciones meramente militares, no era de esperar se mostrase más bien encaminado en las luchas populares, en las calles y casas, á semejanza de la inmortal Zaragoza. Iba con su anterior carrera la primera clase de peleas, oponíase la segunda. Para ésta ademas necesitase fuego y ardiente inspiracion, que sólo da naturaleza, y no suplen el saber adquirido ni el más acendrado honor.

En nada habia D. Joaquin Blake levantado el ánimo de los habitantes, hábale más bien amortiguado. En nada tampoco habia dado indicio de querer defender lo interior de la ciudad, pues no sólo, segun poco há hemos visto, escaseaban abrigos contra la caida y explosion de los proyectiles, sino que tampoco se habian cortado las calles ni atronerado las casas, ni adoptado ninguno de los muchos medios que el arte y la práctica enseñan en tales casos.

No obstante, D. Joaquin Blake desechó el 6 la propuesta que de rendirse le hizo el mariscal Suchet. Entre tanto el estrago y lástimas crecian, y se presentaron al General en jefe dos diputaciones, una de la comision de partido y otra á nombre del pueblo, para que capitulase. Respetó Blake á estos emisarios. No así á otros que de tropel acudieron á su casa, pidiendo que continuase la defensa. De ellos retuvo el General presos á algunos que subieron á su habitacion y capitaneaban la multitud. El disenso por tanto era grande: tuvo Blake que llamar tropa para apaciguar á los alborotados y dispersarlos. Con esto acabó toda oposicion, y pudo el General disponer á su arbitrio de la suerte de Valencia.

Era cada vez más crítica la situacion de la plaza. Los enemigos, al favor de las cercas y las casas, construian sus baterías muy inmediatas. Habíanse establecido en los arrabales de Ruzafa, San Vicente y Cuarte; la toma de éste y la del convento de Corpus Christi costóles sangre. En ciertos parajes distaban los sitiadores de 15 á 20 varas del muro, cuyo espesor era de solos diez piés, con endeble parapeto y almenas, el foso angosto, la artillería colocada sobre tablados, sostenidos por fuertes piés derechos. Sin embargo, Zayas prosiguió defendiendo con vigor la puerta de San Vicente, siendo aquel general el único que hacía aquella entrada preparó para la resistencia interior las calles vecinas. Inutilizó tambien una mina de los enemigos, quienes entónces dirigieron sus trabajos contra una convexidad más desamparada que forma la muralla entre la puerta de Cuarte y la mencionada de San Vicente.

Cinco baterías nuevas habian los sitiadores construido y armado, sin

que los nuestros pudiesen contraponer cosa de importancia á tantos fuegos. Amenazaban ya éstos abrir brecha, cuando en la tarde del 8 envió Blake al campo enemigo oficiales que prometiesen de su parte capitular, bajo la condicion de que se le dejaria evacuar la ciudad con todo su ejército, armas y bagajes, y retirarse á Alicante y Cartagena. Desechó Suchet la propuesta, y en su lugar fijó los artículos de una capitulacion pura y sencilla, con el aditamento de canjear 2.000 hombres por otros tantos de los prisioneros que hubiese en la isla de la Cabrera ú otras partes. Reunió entónces Blake un consejo de guerra, á que asistieron doce jefes. Los pareceres fueron discordes, queriendo unos aceptar las proposiciones de Suchet, y otros no. En realidad era ya infructuosa toda resistencia, fuese militar, fuese de pueblo; la una no la consentia la naturaleza de la plaza, no estaba preparada la otra.

Decidióse D. Joaquin Blake á admitir la capitulacion. Por ella debian los enemigos respetar la religion y proteger las propiedades y á los habitantes, no permitir pesquisa alguna en cuanto á lo pasado, y conceder tres meses de término á los que quisiesen abandonar la ciudad con sus bienes y familia. Otorgábase al ejército salir con los honores de la guerra por la puerta de Serranos, conservando los oficiales las espadas, caballos y equipajes, y los soldados las mochilas. Tambien se convino en el canje propuesto.

Firmóse la capitulacion en 9 de Enero, en cuyo dia ocuparon los enemigos la puerta del Mar y la ciudadela. Al siguiente salieron para Francia los españoles prisioneros junto con D. Joaquin Blake. El número de ellos, incluso los dos mil destinados para el canje, que fueron camino de Alcira, le hacen subir los franceses á 18.219 hombres: cuenta que nos parece exagerada si no se comprenden en la suma paisanos armados. De gente reglada pueden en verdad computarse unos diez y seis mil. No se verificó el canje ajustado, por no haber consentido en él la Regencia del reino.

Hasta el 14 no hizo su entrada en Valencia el mariscal Suchet. Hízola con gran pompa y acompañado de la mayor parte de sus tropas por la puerta de San José, al mismo tiempo que con el resto de ellas penetró por la de San Vicente el general Reille. Quedó nombrado gobernador el general Robert.

Concluida que fué la capitulacion, ansió por alejarse de Valencia D. Joaquín Blake. Obraba en ello con prudente mesura. El estado á que se hallaba reducido aparecia hartó deplorable, para que no quisiera apartarse cuanto ántes del teatro infausto en donde acababan de tener fatal

desenlace sus casi continuas y lastimosas desventuras. Hombre recto é ilustrado, propio para dirigir en tiempos tranquilos las tareas de un estado mayor, carecia Blake de las prendas que componen la esencia del verdadero general en jefe, las cuales, como decía Napolcon á ciertos oficiales rusos, no se adquieren con la mera lectura de autores militares. Aferrado Blake en su opinion, no sacaba fruto ni de las lecciones que le suministraba su propia y larga experiencia. Los muchos desastres que empañaron el brillo de su carrera descubren tambien lo siniestra que le fué siempre la fortuna. Grave perjuicio en un general, por la desconfianza que en los otros y en sí mismo infunde, y que ha dado ocasion á que escritores de peso, y Ciceron (4) entre ellos, señalen como una de las cualidades principales de un gran capitan la de la felicidad.

Luégo que llegó á Francia D. Joaquin Blake, le encerraron en Vincennes, cerca de París, lo mismo que habian hecho con Palafox y otros españoles distinguidos. ¡Injusto y bárbaro procedimiento! Allí hubiera aquel general finado quizá sus dias sin los sucesos de 1814. Antevia lo que le aguardaba, cuando dando parte á la Regencia del reino de la capitulacion de Valencia, decía: «Por lo que á mí toca..... miro como determinada la suerte de toda mi vida, y así en el momento de mi expatriacion, que es un equivalente á la muerte, ruego encarecidamente á V. A. que si mis servicios pueden haber sido gratos á la patria, y no hubiesen desmerecido hasta ahora, se digne tomar bajo su proteccion á mi dilatada familia.» Palabras muy sentidas, que áun entónces produjeron favorable efecto, viniendo de un varon que, en medio de sus errores é infortunios, habia constantemente seguido la buena causa; que dejaba pobre y como en desamparo á su tierna y numerosa prole, y que resplandecia en muchas y privadas virtudes.

Si por nuestro lado con la caída de Valencia abundaron sólo las lágrimas, se manifestaron por el de los franceses sumas las alegrías, y se derramaron con largueza gracias y distinciones. Nombró Napoleon, por decreto de 24 de Enero, al mariscal Suchet duque de la Albufera, concediéndole en propiedad y perpetuamente la laguna de aquel nombre, con la caza, pesca y dependencias, en premio de los recientes servicios y para dotacion de la nueva dignidad. Cuantioso dón y de los más fructíferos que se pueden otorgar en España. Por decreto tambien de la misma fecha, queriendo Napoleon recompensar igualmente á los generales, oficiales y

(4) *Ego enim sic existimo, in summo imperatore quatuor has res inesse oportere, scientiam rei militaris, virtutem, auctoritatem, felicitatem. (Oratio pro lege Malia, 10.)*

soldados del ejército de Aragon, mandó que se reuniesen *á su dominio extraordinario de España* (son sus expresiones), bienes de los situados e la provincia de Valencia, por el valor de 200 millones de francos, no consultando primero si para ello eran bastantes los llamados nacionales que allí pudiera haber, ni especificando, en el caso contrario, de dónde debiera suplirse lo que faltase. De este modo se despojaba tambien á José sin consideracion alguna de los derechos que le competian como á soberano, y se pribaba á los interesados en la deuda pública, que aquél habia reconocido ó contratado, de una de las más pingües hipotecas. Napoleon sucesivamente con la prosperidad desarrebozaba sus intentos respecto de España, y descubria del todo la determinacion en que estaba de arrancar á José hasta la sombra de autoridad que éste conservaba todavía.

Al dia siguiente de la rendicion de Valencia fueron desarmados los vecinos, y muchos conducidos á Francia so pretexto de que eran provocadores de motin. Lo mismo, por órden especial despachada de París, todos los frailes que pudieron haberse, que ascendieron á 1.500. Hubo más: á cinco de ellos, los padres Rubert, Lledó, Pichó, Igual y Jérica, arcabuceáronlos junto á Murviedro, á otros dos en Castellon de la Plana. Igual suerte cupo desde Segorbe á Teruel á 200 prisioneros, que se rezagaban de cansados. Así se cumplia la capitulacion pactada.

Figurábanse ahora los franceses, como ya en un principio, ser los frailes los fraguadores del levantamiento y de la resistencia nacional, y de consiguiente se ensañaban en sus personas. Juicio, segun hemos advertido otras veces, hasta cierto punto errado. Hubo religiosos que, en efecto, tomaron parte honrosa en la causa de la patria comun, pero no todos ni exclusivamente. Y en Valencia pensó el mayor número, más que en la defensa, en sus particulares intereses, en vender ajuar y alhajas y en repartirse el peculio; porte que excitó descontento y murmuracion. El clero secular acogió bien á los invasores, á imitacion del prelado de la diócesi, el arzobispo Company, franciscano, escondido en Gandía durante el sitio, y que tornó á Valencia despues de conquistada la ciudad, esmerándose en obsequios y lisonjas hácia Napoleon y sus huestes.

Verdad sea que hasta de la poblacion recibió Suchet mayores pruebas de aficion que en otras partes. Las causas, las mismas que las que indicamos al tiempo de ser ocupada la Andalucía, ó á lo ménos muy parecidas á las de entónces. Contribuyó tambien mucho á semejante disposicion de los ánimos el inconcebible proceder de Blake, y su tibieza con los moradores. No obstante eso, y de procurar Suchet, conforme veremos más adelante, introducir en la administracion mejor arreglo que

otros generales compatriotas suyos, no tardaron largo tiempo en levantarse por aquel reino várias partidas.

Miéntas ocurrían en Valencia los sucesos que acabamos de referir, adelantábase por la Mancha el auxilio que enviaba á Suchet el mariscal Marmont, desde las riberas de Tajo, en Extremadura. Consistía la fuerza en tres divisiones, dos de infantes y una de caballos, bajo las órdenes del general Mont-Brun. Llegó éste el 9 de Enero á Almansa, y aunque con fecha del 11 recibió indicacion de Suchet para que se volviera, pues tomada Valencia excusado era el socorro, prosiguió, sin embargo, su marcha y se adelantó á Alicante, cuya plaza pensó ganar por sorpresa, aprovechándose del decaimiento que habia causado la pérdida de la capital de la provincia. No era la empresa tan fácil como se imaginaba.

D. Nicolas Mahy y las tropas que con él se retiraron despues del 26 de Diciembre á las riberas del Júcar, habian abandonado éstas harto de prisa, y evacuando apénas sin oposicion el punto importante de Alcira, habíanse venido á Alcoy, y pasado en seguida, unas á Alicante, otras á Elche. Tambien D. Manuel Freire se habia alejado de Requena y acercádose á los mismos puntos.

Aunque poco gloriosos los más de estos movimientos, resultó, no obstante, de ellos que se agolpasen hácia Alicante tropas bastantes para desbaratar los proyectos de los enemigos contra dicha plaza. Se presentó delante de ella el general Mont-Brun, y habiendo intimado en vano la rendicion y arrojado dentro algunas granadas, se retiró de allí muy pronto. Su presencia, si bien efímera, dejó en la comarca mal rastro. Porque despues de haber desalojado de Elche y pueblos cercanos las tropas españolas, impuso de contribucion á los habitantes sumas enormes, y causóles extorsiones graves.

Esto y otras atenciones impidieron á Suchet emprender cosa alguna contra Alicante y Cartagena, cuyos boquetes, fomento de guerra, habia pensado cerrar el mariscal frances, apoderándose en breve de aquellos muros. La malograda tentativa de Mont-Brun, sirviendo de despertador para una defensa más cumplida, frustraba todo rebate.

Tuvo por tanto Suchet que limitar sus deseos, y contentarse con situar más allá del Júcar al general Harispe y la brigada de Delot, poniendo por la izquierda de éstos, en Gandía, al general Habert. Tambien se enseñoreó de Denia, puerto de mar, plaza en el nombre, con un castillo en lo alto. La abandonó sin hacer resistencia su gobernador don Estéban Echenique. Tuvo de ello culpa en parte don Nicolas Mahy, que primero envió 200 hombres de socorro y luégo los retiró. Sin embargo, ya que se

hubiese evacuado la ciudad, convenido hubiera sacar, como no se hizo, varios efectos é inutilizar la artillería.

Despues de tamañas desgracias, las tropas que restaban del segundo ejército, y se habian retirado con las del tercero, mandadas por D. Nicolas Mahy, y las que de este mismo se habian ántes adelantado con D. Manuel Freire hacía Requena, ó quedándose en la frontera de Granada, continuaron alojadas, ya en Alicante y sus alrededores, y ya en Cartagena y pueblos del reino de Murcia. El número de ellas, incluyendo las guarniciones de las citadas últimas dos plazas, al pié de 18.000 hombres. Tomó luégo el mando interino de todas D. José O'Donnell, jefe del estado mayor del tercer ejército. Las del general Villacampa, que entraban en cuenta, se alejaron al fenecer Enero, y no tardaron mucho en regolfar á Aragon, principal sitio de sus proezas.

No sólo se vieron acosadas todas estas fuerzas por las de Suchet y por las del general Mont-Brun, sino tambien por parte de las del ejército frances del Mediodía, que acudieron al cebo de los despojos. Llegaron las postreras á la vista de la ciudad de Murcia el 25 de Enero, y el 26 entró en ella con 600 caballos el general Soult, hermano del mariscal. La víspera le había precedido un destacamento, y unos y otros impusieron al vecindario muy pesadas contribuciones, imposibles de realizar. A estos gravámenes quiso el general frances añadir otro nuevo con sus festines, y mandó se le preparase para aquel dia, en el palacio episcopal, donde se albergaba, un espléndido y regalado banquete. Gustaba ya deliciosos manjares, cuando vino á interrumpirle en su ocupacion sensual una voz que decia: «Las tropas españolas han entrado, los enemigos son perdidos.»

En efecto, D. Martin de la Carrera, que se apostaba no léjos con gran parte de la caballería del segundo y tercer ejército, despues de reunir un trozo de ella en Espinardo, á media legua de la ciudad, acababa de penetrar por la puerta de Castilla á la cabeza de 100 jinetes. Tenian otros la órden de acometer al mismo tiempo por los demas puntos. Era el intento de Carrera sorprender á los enemigos, que á la verdad no le aguardaban, cogerlos ó aventarlos, y libertar á la ciudad de huéspedes en tal manera molestos.

Sobresaltado el general Soult, levantóse de la mesa, y con la precipitacion tropezó y bajó la escalera casi rodando. Aunque mal parado, montó, sin embargo, á caballo: le siguieron todos los suyos. No así, por desgracia, á Carrera los de su bando, quienes, excepto los que él mismo capitaneaba, ó no entraron en la ciudad, ó retrocedieron luégo por equi-

vocacion ó desmayo. Tuvo de consiguiente el D. Martin que hacer cara solo con sus 100 hombres á las fuerzas del enemigo, tan superiores. No por eso se abatió, y ántes de ser estrechado, paseó calles y plazas acuchillando y matando á cuantos contrarios topaba. Duró tiempo la lid. Costó el terminarla sangre al frances; mas á lo último, cogidos, muertos ó destruidos los soldados de Carrera, quedó éste solo y rodeado por seis de los enemigos en la Plaza Nueva. Defendióse gran trecho, mató á dos, y si bien herido de un pistoletazo y de varios sablazos, sostúvose aún, no quiso rendirse, y peleó hasta que exánime y desangrado cayó tendido en la calle de San Nicolas, donde espiró. Ejemplo de hombres valerosos era Carrera, mozo y membrudo, de estatura elevada, noble en el rostro, de arrogante y gentil apostura.

Antes de finalizar el combate ya habían los enemigos entregado al saco la ciudad de Murcia. Robáronlo todo, y cometieron los mayores excesos, particularmente en el barrio del Cármen. Despojaban en la calle á las mismas mujeres de sus propias vestiduras, y no perdonaron ni áun el ochavo que en el mugriento bolso escondia el mendigo. Cargados de botin y temerosos de que tornasen los nuestros, se retiraron por la noche, y en Alcantarilla y en casi todo el camino hasta Lorca repitieron iguales ó mayores demasías.

Como quiera que lacerados de dolor, tributaron los murcianos al día siguiente honores fúnebres al cadáver del inmortal D. Martin de la Carrera, y le sepultaron con la pompa que les permitia su triste azar. Un mes despues celebró, tambien en memoria del difunto, solemnes exequias el general en jefe D. José O'Donnell, y dióse el nombre de la Carrera á la calle de San Nicolas, en la cual terminó aquel caudillo sus dias peleando como bueno. La junta provincial determinó igualmente erigirle un cenotafio en el sitio mismo de su fallecimiento.

A los muchos desastres que de tropel sucedieron en esta parte de España, agregóse otro mancillado de afrenta. Dueño de Valencia el mariscal Suchet, y enviadas á la derecha del Júcar las fuerzas que hemos arriba expresado, púsose asimismo en relacion, ocupando á Buñol, con el ejército frances del centro, destacó á Cataluña la division de Musnier, necesaria allí por lo que ocurría, y destinó al general Severoli con los italianos á formalizar el sitio de Peñíscola.

Se eleva esta, poblacion sobre una empinada roca, mar adentro, á 120 toesas de la orilla, con la cual no comunica sino por medio de una lengua de tierra bastante angosta. Escarpadas y buenas obras rodean la plaza por todas partes; domínala interiormente un castillo, y se asemeja en

compendio, por su natural fortaleza, á Gibraltar. Fué largo tiempo mansion de aquel papa Luna, de condicion tan obstinada, cuyo nombre lleva todavía una torre en donde parece moraba. Cubren al istmo en los temporales las oleadas, y estaba ahora reforzado el frente con baterías de varios pisos. Mas allá, y paralelo á unas montañas vecinas, se extiende un marjal perenne, cuya inundacion se habia aumentado artificialmente, é interrumpido con cortaduras la calzada que le atraviesa y conduce á la citada lengua de tierra, único punto accesible para los franceses, no señores de la mar. Tenía la plaza 1.000 hombres de guarnicion y estaba abundantemente provista. Cruzaban por aquellas aguas barcos cañoneros y buques de guerra nuestros y aliados. Era gobernador D. Pedro García Navarro.

Acercóse el general Severoli el 20 de Enero á Peñíscola, y envió un parlamentario con proposiciones que fueron desechadas. De resultas, empezaron los enemigos á preparar el sitio, y se colocaron en las colinas y playas inmediatas. El 28 arrojaron bombas desde una batería de morteros, distante 600 toesas. En la noche del 31 al 1.º de Febrero formaron la línea paralela de faginas y gaviones, que se prolongaba por detras de la inundacion, y torcia á su extremo meridional, para continuar lo largo de la costa. En el opuesto, construyeron baterías en las alturas. Las dificultades que tenían los sitiadores que vencer ántes de aproximarse al cuerpo de la plaza parecian insuperables. No obstante, prosiguieron los trabajos.

En el intermedio aconteció que viniese á parar á manos de los franceses un pliego que el gobernador García Navarro escribia al general español de Alicante; quejábase en su contenido del porte de los ingleses, y hablaba como si intentasen éstos apoderarse de Peñíscola; añadiendo que preferiria en tal caso someterse á los enemigos. Barruntos tenía Suchet de la propension de ánimo del García Navarro, si ya no ocultas relaciones; y en vista ahora del expresado pliego, se apresuró á establecer con él negociacion directa, para lo cual despachó al oficial de estado mayor Mr. Prunel. García Navarro inmediatamente se rindió á partido, y se rindió bajo la sola condicion de que se permitiera á los suyos retirarse libremente adonde quisiesen. En consecuencia, se posesionaron los franceses de Peñíscola el 4 de Febrero. Escandalosa entrega; pero áun más escandalosos y sin ejemplo los términos siguientes con que se encabezó la capitulacion (5): «El Gobernador y la Junta militar..... convencidos de que los verdaderos españoles son los que unidos al rey don José Napoleon, procuran hacer ménos desgraciada su patria.» Basta. ¡Qué

(5) *Gacetas de Madrid* del gobierno de José, del 21 de Febrero de 1812.

gobernador! ¡Qué junta militar! No paró aquí la desbocada conducta del primero. Entró despues á servir al intruso, y recibió en premio honores y condecoraciones, escribiendo ántes al mariscal Suchet, entre otras cosas (6): «V. E. debe estar bien seguro de mí; la entrega de una plaza fuerte, que tiene víveres y todo lo necesario para una larga defensa..... es un garante de mis promesas.....» Memorial con relacion de méritos, sacados de la propia infamia.

Tal baldon, tales infortunios compensáronlos en parte dos acontecimientos felices y honrosos, que ocurrieron casi por el mismo tiempo.

Fué el uno la defensa de Tarifa. Dióse cuenta en su lugar de los re- fuerzos anglo-españoles que habian en Octubre entrado en aquella plaza, como tambien de los movimientos concomitantes, que hasta 1.º de Noviembre ejecutó en la serranía de Ronda D. Francisco Ballesteros. El glorioso avance que hizo dicho general sobre Bórnos, en 5 de aquel mes, y otro que en su apoyo verificaron á la propia sazón, la vuelta de Veger, el general Copons y el coronel inglés Skerret, pararon ahincadamente la consideracion del mariscal Soult. Pero no hallándose éste con suficientes fuerzas, á causa de las que lo ocupaban las inmediatas atenciones, y de tropas que habia enviado á Extremadura por lo de Arroyomolinos, creyó necesario echar mano en parte de las de Granada, para contener á Ballesteros y embestir á Tarifa. Así, ordenó que Leval se acercase á la serranía de Ronda con 6.800 combatientes, infantes y caballos, y que se le juntase en ella el general Barrois con 4.200, debiendo tambien dirigirse un trozo de 3.000 hombres, de los que sitiaban á Cádiz, sobre Facinas y otros puntos inmediatos. Tal avenida de fuerzas obligó á Ballesteros á refugiarse otra vez bajo el cañon de Gibraltar, dejando, no obstante, en las montañas una vanguardia á las órdenes de D. Antonio Solá, quien, asistido ademas de los serranos, tenía encargo de cortar al enemigo la comunicacion e interceptarle las subsistencias. Cumplió debidamente este jefe con lo que le habian encomendado, y estrechando de cerca el 6 de Diciembre á los franceses de Estepona, los obligó á huir y les cogió mochilas y equipajes. Tambien Copons y Skerret evolucionaron para distraer al enemigo por la parte de Algeciras; mas, sabedores de que Tarifa era amenazada, tornaron de priesa á cubrir sus muros.

El deseo de enseñorearse de ellos, y la escasez de vituallas que las correrías de Solá y del paisanaje causaban en el campo frances, decidieron á Leval, á abandonar á San Roque, y aproximarse cuanto ántes á la

(6) *Gacetas de Madrid* del gobierno de José, año 1812, 22 de marzo.

citada plaza de Tarifa. Se halla ésta colocada en la punta más meridional de España y en lo más angosto del estrecho; tiene de poblacion 2.100 vecinos, y le dió renombre la defensa que contra moros hizo D. Alonso Perez de Guzman, llamado el Bueno por hazaña tan ilustre, sin par en sus circunstancias. No guarnecian á Tarifa sino un antiguo y frágil castillo, y débil muralla de poco espesor, con torreones cuadrados y foso. Los reparos nuevos no muchos, y poco robustos. A corta distancia, y al Sudoeste, plántase una isla circular y peñascosa, de media hora de bojeo, que se denomina como la ciudad. Antes separaba á dicha isla del continente un canal de corriente rápida, á manera de pequeño Euripo, que se acabó de cerrar en 1808 por el celo y personales sacrificios del intendente D. Antonio Gonzalez Salmon, quien formó allí un fondeadero acomodado. Habíanla actualmente fortalecido y artillado con 12 cañones; punto de retirada conveniente y que infundia aliento. Fueron habilitadas en su recinto una cisterna y una antigua torre, y se sirvieron los sitiados para almacen de pólvora de una especie de subterráneo apellidado Cueva de Moros, guarida en otro tiempo de corsarios berberiscos. Prevencion necesaria la última, estando dominada la isla por las alturas vecinas. De ellas, la más cercana al Oeste, la de Santa Catalina, fortificóla Copons, ejecutando tambien al Este, frontero de la Galeta, algunas obras. Cortáronse ademas en la ciudad las calles, y se atajaron con rejas arrancadas de las ventanas; atroneráronse muchas casas. Constaba la guarnicion, entre ingleses y españoles, de 2.500 hombres. Los tarifeños se señalaron de valientes y proporcionaron 300 marineros. Era gobernador el coronel D. Manuel Davan, y jefes de ingenieros y de artillería D. Eugenio Iraurgui y D. Pablo Sanchez. Mandaba las fuerzas sutiles españolas D. Lorenzo Parra. Habla tambien buques de guerra ingleses. La defensa, sin embargo, dirigióla con especialidad D. Francisco Copons y Navia, ayudado de los consejos del coronel inglés Skerret.

Presentáronse los franceses á la vista de la plaza el 19 de Diciembre, despues de dejar fuerza en observacion de Ballesteros, y tambien del lado de Algeciras. Obligaron á Copons el 20 á meterse dentro, y empezaron en seguida los trabajos de sitio; adelantáronlos el 28 hasta 50 toesas de los muros, y el 29 abrieron el fuego con seis cañones de á diez y ocho y tres obuses de á nueve pulgadas. En la tarde del mismo dia hallábase ya practicable una brecha de 300 toesas por la parte contigua á la puerta del Retiro, y destruido casi del todo el torreón de Jesus. Intimaron luego los enemigos la rendicion, y desechada la propuesta por Copons, preparáronse al asalto.

Se verificó éste el 31 á las nueve y media de la mañana, acudiendo de una vez á embestir la brecha 23 compañías al cargo del general Chassereaux, á las que apoyaban las demas fuerzas. Los acometedores se arrojaron con ímpetu, pero parólos en su ataque una escarpadura interior hecha en la muralla, y varios parapetos de colchones levantados detras, junto con el fuego incesante que salía de los lugares vecinos y las casas. Descorazonados los enemigos, no insistieron en romper adelante, y retrocedieron con gran mengua, dejando allí más de 500 heridos y muertos. Para recoger los primeros pidieron los franceses un armisticio, que se les concedió, ayudándolos generosamente en la faena nuestros soldados y paisanos; ejemplo de humanidad raro, y no menos digno de imitar que los muchos que de valor habian dado todos ellos poco ántes. Aprovechóse Copons de la ventaja, y á su vez incomodó al sitiador por cuantos medios pudo. Vinieron tambien en auxilio de la plaza las lluvias, que anegaron las trincheras enemigas, los caminos y los campos, sin dejar al fatigado frances ni siquiera un palmo de terreno enjuto en que reclinar la cabeza. Apurado Leval, alzó el sitio el 5 de Enero, yéndose vía de Veger y Medina. Costóle la malograda tentativa, entre muertos, heridos, enfermos y desertores, al pié de 2.000 hombres. Perdió toda la artillería gruesa, y dejó sembrados por el tránsito efectos y municiones. Así se estrellaron los esfuerzos de 10.000 franceses en las murallas de una fortaleza, flacas en si mas sostenidas por brazos vigorosos y por el buen concierto de los jefes españoles é ingleses.

El segundo de los dos acontecimientos que hemos anunciado como favorables y gloriosos, fué la toma de Ciudad-Rodrigo, más importante, por sus consecuencias, que la defensa de Tarifa. Resuelto lord Wellington, segun apuntamos al principio de este libro, á formalizar el sitio de aquella plaza, continué tomando várias disposiciones desde sus acantonamientos de la Fregeneda, y juntó en Almeida, al acabar Noviembre, el parque correspondiente de artillería. Completó en seguida y con mucho órden los demas preparativos, habiendo ejercitado algunas tropas en las tareas propias del ingeniero y del zapador, en lo que ántes se habian los suyos mostrado harto bisoños. Mandó tambien al general Hill que se moviera hácia la Extremadura española, y colocó á D. Cárlos España y á D. Julian Sanchez en el Tórmes, con objeto de que los últimos cortasen aquellas comunicaciones. Estos jefes, particularmente Sanchez, desempeñaron bien su comision, y los pueblos de Castilla mostraron, segun escribia el mismo Wellington, grande adhesion á la causa de la patria; guardando ademas tal fidelidad, que pasaron dias primero que supiesen

los franceses de Salamanca, aunque tan próximos, haber los aliados emprendido el sitio.

Debió éste tener principio el 6 de Enero; pero se retardó hasta el 8 por el mal tiempo. Describimos á Ciudad-Rodrigo cuando el cerco de 1810, tan honorífico para las armas españolas. Desde entónces habian los franceses reparado los daños causados en aquella defensa, fortalecido los principales edificios del arrabal y el convento de Santa Cruz, al Nordeste, como tambien levantado en el cerro ó sea teso de San Francisco un reducto, que apellidaron de Renaud, en memoria del malhadado gobernador de aquel nombre, que cogiera D. Julian Sanchez.

Ocuparon los ingleses esta obra en la noche misma del 8 al 9; estreno feliz de su empresa. Por allí dirigieron los trabajos, siguiendo el mismo camino que habían tomado los franceses en el anterior cerco. Establecieron los sitiadores la primera paralela en el mencionado teso, y plantaron tres baterías de á once piezas cada una. Rompieron el 14 el fuego, y abriendo los aproches, formaron la segunda paralela á 70 toesas de la plaza. Favoreció el progreso la toma que el general Graham verificó el 13 del convento de Santa Cruz, con lo cual se vió protegida la derecha de los sitiadores. Sucedió otro tanto respecto á la izquierda, habiéndose enseñoreado los aliados en la noche del 14 del convento de San Francisco en el arrabal. Continuaron los ingleses completando del 15 al 19 la segunda paralela y sus comunicaciones, y no descuidaron adelantar la zapa hasta la cresta del glácis.

Entre tanto habia previsto Wellington que tal vez convendría, ántes de que se concluyeran debidamente los trabajos, dar el asalto; por lo que recibiendo de los ingenieros seguridad de que era posible abrir brecha sólo con los fuegos de las baterías de la primera paralela, ordenó que se pusiese en ello todo el conato. Así se hizo, y en la tarde del 19 hallóse ya aportillado el muro de la falsabraga y el del cuerpo de la plaza. Además de la brecha principal, practicóse otra más á la izquierda de los aliados, por medio de una nueva batería plantada en el declive que va desde el cerro al convento de San Francisco.

Hasta entónces habian los sitiados procurado retardar las operaciones del inglés, y el 14 hicieron una salida en que le causaron daño. Sin embargo, ni estas tentativas ni otros arbitrios fueron parte á impedir que llegase el momento crítico del asalto.

Dispúsole Wellington, desechada que fué por el gobernador frances la propuesta de rendirse, y aceleróle en consecuencia de tristes nuevas que empezaba á recibir de Valencia, como tambien por reunir tropas en

Valladolid el mariscal Marmont, quien desde Toledo y Talavera habia llegado en los primeros dias de Enero á aquella ciudad con parte de su ejército en busca de víveres, y sospechando que los ingleses iban á poner sitio á Ciudad-Rodrigo.

Por tanto, el mismo dia 19 en que se abrieron las brechas, determinó Wellington que al cerrar de la noche se asaltase la plaza. Destinó al efecto cinco columnas. La quinta de ellas, á las órdenes del general Pack, estaba encargada de hacer un ataque falso por la parte meridional: debia la cuarta, guiada por Crawford, embestir la brecha pequeña, y cubrir la izquierda del acometimiento de la más principal, cuyo asalto se habia reservado á las tres columnas restantes bajo el general Picton. Dióse principio á la empresa, arrojando los anglo-portugueses con serenidad los mayores peligros y superando obstáculos. Se defendieron los franceses con denuedo; mas sucediendo bien los diversos ataques, aflojaron, y pudieron los aliados al cabo de media hora extenderse lo largo de las murallas y enseñorearse de la plaza. Cayeron prisioneros 1.709 franceses y el comandante Barrié, que hacia de gobernador; los demas, hasta dos mil que componian la guarnicion, habian perecido en la defensa. Conservaron los aliados, al entrar en la ciudad, buen órden; su pérdida ascendió en todo á 1.300 hombres. Entre los muertos contóse desgraciadamente á los generales Mackinson y Crawford. Entregó lord Wellington la plaza en manos de D. Francisco Javier Castaños, y las Córtes decretaron las debidas gracias al ejército anglo-portugues, y concedieron al general en jefe la grandeza de España bajo el titulo de duque de Ciudad-Rodrigo. Tambien el Gobierno y Parlamento británico dispensaron honores y pensiones, ordenando ademas que se erigiese un monumento en memoria del valiente y malgrado general Crawford.

Otros sucesos felices y nuevas esperanzas acompañaron á estos triunfos. No habian los franceses reforzado sus filas en 1811 con más de 50.000 combatientes; auxilio que ni con mucho bastaba á llenar los claros que hacia la guerra, ni los huecos que dejaban algunas tropas que ahora partieron; pudiendo aseverarse que por el tiempo en que vamos no conservaban los enemigos en la Península arriba de 240.000 hombres. Entre los llegados últimamente, muchos eran conscriptos, y en el Diciembre de 1811 y primeros meses de 1812 marcharon á Francia unos 14.000 veteranos; 8.000 de la guardia imperial y restos de otros cuerpos, y 6.000 polacos del ejército de Aragon, queriendo el Emperador frances emplearlos en Rusia, cuya guerra parecia ya inminente. Albores todos de las dichas que nos aguardaban en aquel año.

